

LOS BALCONES DE MADRID

de:

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

PERSONAJES

(Vea'na Prima)
ANA
LEONOR *• (doncella)*
CONDE
DON JUAN *•*
DON ALONSO *• (Padre de Elisa)*
VIEJO
• DON PEDRO *(Prometido de Elisa)*
• ELISA
• CORAL *(gracioso)*

Enamorato

JORNADA PRIMERA

Salen doña Leonor con manto y doña Ana sin él.

ANA:

¿Eso viste? ¡Qué eso pasa!

LEONOR:

Esta es la pura verdad. En fe de la voluntad que, después que de mi casa eres vecina te debo. Reconocimientos labras, ya en obras, y ya en palabras, tantos en mí que me atrevo a revelarte secretos que mi señora me fía.

ANA:

Querrá el amor algún día que con mayores efetos me desempeñe. Leonor, sé entretanto mi acreedora. En efecto, ¿tu señora tiene a mí don Juan amor? En efecto, ¿sus engaños me pretenden usurpar la acción que puede alegar quien ha que le ama dos años?

LEONOR:

En esa parte, podré disculpar a mi señora justamente. Pues, si ignora tus desvelos, y no fue como amiga consultada de tus cuidados por ti, ¿en qué te ofende?

ANA:

Salí, Leonor, cierta y desdichada en mis sospechas. Mudó don Juan voluntad y afectos, y mudándolos, sujetos de su esperanza dejó quejas que buscan venganza contra quien no ha delinquido. ¿Podrá ser que de su olvido tome mi agravio venganza? Pared en medio tenemos las casas donde habitamos. Por primas nos visitamos; como amigas nos queremos; mas, pues celosa examino ofensas que amor me avisa, desde hoy más recele Elisa las obras de un mal vecino. Fiscalizarán mis penas acciones que la dan alas murmurando de las malas, maliciando de las buenas. Tomaré satisfacción del agravio que me adviertes; pero en efecto, ¿en las suertes que echa la superstición esta noche, salió Elisa con don Juan?

LEONOR:

Y tú también con don Pedro.

ANA:

En su desdén. De sus mudanzas me avisa, que es don Pedro pretendiente de tu señora, anterior en frecuencias y en favor, ya olvidado por ausente.

LEONOR:

Si has de prevenirte en esto, con mi advertencia prosigo: envió Elisa conmigo un papel en que echó el resto de finezas...

ANA:

No seguras.

LEONOR:

... y dentro dél encajó la suerte que les tocó. No te diré las locuras que con la epigrama hizo, con la suerte y el papel; diversas veces en él puso, y no se satisfizo, los labios. Diome esta joya. Prometió sacarme un manto. Si su olvido sientes tanto, Sinón soy, Elisa es Troya, procura tú ser Ulises. Engaños a Elisa venzan, y mientras estos comienzan, adiós, hasta que me avises.

Vase.

ANA:

No tienen otro caudal los agravios y los celos sino ardides. Prevendrêlos contra un hombre desleal. Guerra es amor competido; engaños usa también. Celos industrias me den, pues que no me dan olvido. Basquen mis solicitudes castigos para traiciones, enredos para ficciones, trazas para ingratitudes, para su engaño, desvelos; para mis venganzas, modo. Pero ya lo he hallado todo, pues soy mujer y con celos.

Vase. Salen como de noche el Conde y don Juan.

CONDE:

¡Templada noche!

Juan Luis Acuña
4/abn/06 JS
24/11/08 EVX

1079129

- JUAN: Muere en ella el año, y cuando expira, quiere obligarnos su blanda despedida; que el huésped, bien hechor, tarde se olvida.
- CONDE: No sé yo que pudiera competirla la mansa primavera. ¡Qué clara! ¡Qué agradable!
- JUAN: A mis venturas favorece afable. ¡Ay, Conde y señor mío! Si amor rapaz es todo desvarío, y como niño estima juguetes con que más su fuego anima, un favor, un juguete, fortunas esta noche me promete que estorben mi tristeza si del modo que acaba el año, empieza.
- CONDE: Agravio me habéis hecho, don Juan, cuando os presumo satisfecho de la amistad que os fío, con el nombre de "Conde y señor mío." Dejad títulos graves, que los de la amistad son más suaves; pues siendo vos mi amigo, éste es, sólo, el blasón a que os obligo. Aunque tan recatado hallo de mi amistad vuestro cuidado, y en él tan poco os debo que llameros amigo no me atrevo.
- JUAN: Creed que si fiárosle rehuso, no es por dudar de vos; mas porque el uso, que yo frecuento poco, no ha de juzgarme amante, sino loco. Y, porque viváis cierto de que por esto el alma os he encubierto, aunque desacredite con vos mi seso y vuestra risa incite, oíd filosofías de un peregrino amor que ha muchos días, que siéndole obediente, en mí es naturaleza, no accidnete; pero con presupuesto que no ha de seros, Conde, manifiesto el nombre de la dama que me ha juramentado, y de mí llama tanto el secreto estima, que hasta en los ojos su silencio íntima.
- CONDE: Con peligrosa usura os empeña, don Juan, esa hermosura. Decid, que yo os prometo que por mí no peligre ese secreto.
- JUAN: Yo, amigo Conde, adoro la perla más que al nácar, más que al oro; al diamante que engasta la forma, más que a su materia. ¡Basta! Quiero decir con esto que adoro a un alma con amor honesto, tan libre de apetito, que aun el pensarlo juzgo por delito.
- CONDE: Las gracias de un valiente entendimiento enamoran tal vez el pensamiento; y si él solo os recrea, la dama debe ser, don Juan, tan fea que el apetito os tasa, y amando al dueño, perdonáis la casa. ¿De qué os sirven los ojos si estímulo no son de sus despojos? ¿Tenéisla por hermosa?
- JUAN: Llamen reina de flores a la rosa, a Apolo las estrellas, que ésta es la rosa y sol de todas ellas, Plasone golfos de oro la ninfa de Agenor que sobre el toro nombró a Europa por ellos. Diga la antigüedad que en los cabellos de Elena y de Lucrecia Arabias peinó Italia, Ofires Grecia. Frecuente agora el uso sutilizado el ébano difuso aunque el francés lo tache, cubra España sus sienas de azabache; que mi amorosa prenda ni el oro es bien que su cabeza ofenda, ni el ébano, que en hilos de nuestra patria abona los estilos. Pues haciendo amistades estas dos encontradas cualidades, ni el sol podrá dar quejas de que su luz no mira en sus madejas, ni de ellas forma injurias el azabache natural de Asturias, pues de estos dos extremos, el medio hermoso dilatado vemos. Tan cándida la frente espaciosa, venusta, transparente, que en su alabastro puro, por lo exterior al centro conjeturo, habitación hermosa del alma que agganiza, e ingeniosa, asombra entendimientos, oficina de tales pensamientos. Dos arcos la rematan, y en entrambos, semi-esferas se dilatan sobre los ojos bellos que, en fe de los que mata, triunfante siempre, el niño dios en ellos quiso con muestras reales coronarlos también de arcos triunfales. Yo sé que si los viera, para vivir mil veces mil murieras, porque con dulces ceños al paso que son graves, son risueños. Desde ellos se origina un trozo de alabastro que termina, las dos mejillas bellas sutil la proporción, en medio de ellas. Y allí el jazmín nevado y clavellina, casados sus colores, auroras son del sol. ¡Si fueran flores los labios encendidos! Dos arcos pueden ser de dos Cúpidos, y aunque purpúreo el fuego, la risa abrasa en ellos al sosiego. Alcaldes son de nieve, en nácares menudos, que Amor bebe. Y en listas condensadas, perlas los juzga el alma que abrasada se asombra suspensiva de que la nieve junto al fuego viva. Yo he visto en su garganta tanto marfil con alma, plata tanta que en su comparación es etiopisa la que en Moncayo eterna no se pisa. Y está en sus manos bellas, cuyos dedos eclipsan las estrellas, que en oro las coronan. tanto puro candor, blancas blasonan. que apenas de mi amor podrán las penas juzgar si manos son o si azucenas. Su talle tan honesto, tan airoso, bizarro, y tan dispuesto, que solamente el uso, no la necesidad, corchos le puso. Ves, Conde, este retrato de la hermosura celestial ornato, pues con ser como pinto, mi amor del ordinario es

fan distinto, que puesto que los ojos se deleitan, tan vez en sus despojos, sin detenerse en ellos, viriles sólo son viendo por ellos al huésped, que en tal casa mi voluntad honestamente abrasa. ¿No has visto en los antojos, que con ser de cristal, nunca los ojos en ellos se detienen, sino que por su medio a alcanzar vienen el objeto que intentan aunque hermosos la vista no violentan? Carlos, ¿nunca, sediento, te sirvió el vidrio puro de instrumento en que el agua sabrosa te brindaba la sed apetitosa? ¿Hiciste, entonces, caso del encarnado búcaro del vaso, puesto que cristalino mereció estimación por peregrino? Deleitóle sin duda más de paso, porque solo tu fuego pretendía en el agua tu sosiego. Pues yo del mismo modo todo en el agua en que se cifra el todo de mi amada belleza, y no para por el fruto en la corteza.

- CONDE: Bien dicen que es locura amor; que en cada cual mostrar procura el modo en que se extrema. Mas, don Juan, ("cada loco con su tema.") Yo estoy también perdido por cierta dama de quien habéis sido tan acertado Apeles que juzgo que cohechó vuestros pinceles, porque es, don Juan, la propia de quien me tiene loco vuestra copia; puesto que estoy sujeto no al abstracto cual vos, sino al concreto.
- JUAN: ¿Qué? ¿Vos sois, Conde, amante de hermosura a la mía semejante?
- CONDE: Sirvo con tierno trato una belleza de quien es retrato la discreción que hicisteis, de suerte que sospecho que quisisteis darme con ella celos, si no es que amor duplica paralelos.
- JUAN: ¿Y sois correspondido?
- CONDE: Recíproco favor han conseguido mis dichas hasta agora, puesto que honestamente me enamora.
- JUAN: ¿Vive cerca?
- CONDE: Hasta en eso se logran coyunturas que intereso. Bien cerca de aquí habita.
- JUAN: Conde, si como a mí no os necesita la fe del no nombrarla, fiadme su noticia.
- CONDE: Fuera darla ocasión de perderla.
- JUAN: Y si yo os aseguro de tenerla de tal suerte escondida dentro del alma que jamás os pida justa satisfacción de esos agravios, privilegiada siempre de mis labios, ¿por qué queréis causarme sospechas que se atrevan a matarme?
- CONDE: Porque vuestro secreto engendra en mi temor el mismo efeto. Pintáisme vuestra dama, y mientras me ocultáis cómo se llama, creyendo yo que es ella la misma que pretendo. Una centella de celos es, bastante para abrasar la Troya de un amante.
- JUAN: ¡Qué tanto se parece a la que os he pintado!
- CONDE: No merece que otra alma ni otra vida en distintos sujetos las divida. La frente, los cabellos, las cejas, la nariz, los ojos bellos las mejillas, la boca, el cuello hermoso de cristal de roca, las manos, cuerpo y brío, y el claro entendimiento, hechizo mío, todos son propiedades del bien que adoro, envidia de beldades.
- JUAN: Pues, Conde, si es la propia que yo idolatro y que os mostró mi copia, ¡desesperad cuidados, y advertid que acostumbra los sagrados, de pura cortesía, desvanecer tal vez la fantasía de verdes presunciones interpretando equívocas acciones! Yo sé que solo vivo en su amoroso pecho. Yo recibo favores sólo honestos, al yugo casto del Amor dispuestos. Y porque no os dé enfado el presumirme necio confiado, advertid que no ha un hora que echando suertes, fue mi protectora Fortuna de manera que me cupo mi dama, y que me espera, por esto tan gustosa que el parabién se ha dado de mi esposa. Oíd el epigrama con que la suerte a su favor me llama:
Saca un papel y leele, "Tendrásle de celos loco; mas vencerá tu firmeza, que en precio de tal belleza nunca mucho costó poco."
 ¡Esto me ensorberbece! ¡Esto me escribe!
- CONDE: ¡Qué de engaños, don Juan, os apercive la propia confianza! El mar y la mujer, todo es mudanza. Ese favor, testigo del gozo con que os veo, esa fineza sorteada por vos fue sutileza de un ingenio doblado que conmigo como con vos procura, siendo arte, persuadirnos que es ventura. Antes que yo os hallara, vino su confidente en busca mía, y antes que pronunciara las nuevas que entre engaños me traía, disfrazando intereses en caricias, me condenan en costas sus albricias. Oíd la letra agora, común de dos, de quien os enamora:

Refiere de memoria la misma letra que leyó don Juan.

"Tendrásle de celos loco, mas vencerá tu firmeza, que en precio de tal belleza nunca mucho costó poco."

JUAN: Pues ésa, ¿no es la misma que yo os dije que acaba de enviarme?

CONDE: Esta os dirige. Y ésta me remitió, porque hay ya :ersos que sirven a propósitos diversos. Decid, don Juan, agora que ese sol, esa luna, que esa Aurora no alumbra indiferente con una misma luz diversa gente.

JUAN: A tanta costa mía venció vuestra probanza mi porfía. ¡Que si mi muerte instantes se dilata, ni el basilisco mata, ni el rayo es homicida, ni el áspid salteador de nuestra vida! ¡Remisa es la saeta que del arco caribe el aire inquieta, ni la enramada bola de bombardas flamenca o española mortal hileras tiende; ni la traición ofende, ni da el pesar desvelos, ni agravios turban, ni enloquecen celos!

CONDE: ¡Templaos, don Juan, templaos! ¿A dónde vais furioso? Sosegaos, que ni de vuestra dama puedo eclipsar la encaredida fama, ni sé que su noticia materia pueda dar a mi malicia. Sólo la rectitud de vuestra llama, tan desnuda de afectos sensitivos que sin los incentivos de vuestro amor, platónicos despojos os cautivan el alma y no los ojos, segura de deseos bastó a obligarme agora por rodeos, mentiras y quimeras a sacar de estas burlas esas veras. Ni la letra que os dije en su desdoro os alborote o cause maravilla, porque sólo el oílla bastó para decíroslo de coro. Gozad vuestros favores; que libre estáis por mí de opositores.

JUAN: Conde, las amistades no disfrazan engaños con verdades. De vuestra fe con causa voy dudando porque celos que abrasan ni aun burlando...

Vase.

CONDE: Envidia tengo a este hombre. Curioso, deseo ver esta hermosura, esta exageración, esta pintura, esta mujer sin nombre que con tantos primores usurpa a la retórica colores, pincel la lengua y labios de quien, ocasionando sus agravios no ve cuan peligrosa es la alabanza de la prenda hermosa cuando otro está delante que puede ser su amante, y que la llama del amor, curiosa, ceba más su veneno, que con el propio, con el bien ajeno. Registraré advertido sus pasos, sus acciones, su sentido, hasta saber si son ponderaciones o verdades en ella perfecciones de tanta consecuencia. Y si verdades son, tenga paciencia quien el tesoro enseña al avariento, brindar osa al sediento, y a juventud ociosa, toda llama, las perfecciones pinta de su dama.

Vase. Salen don Alonso, viejo, y don Pedro de camino.

ALONSO: Los brazos tengo de daros segunda vez; los primeros con los plácemes de veros, y esto es para gratularos, yerno, no, heredero si, hijo y de mi Elisa esposo.

PEDRO: Soy tan poco venturoso que dudo aun viéndome así por vos en ellos premiado que se ha de lograr mi suerte.

ALONSO: No se blasone amor fuerte si tiembla desconfiado, ¿qué causa tan improvisa os pudo llevar de aquí?

PEDRO: El obedecer así preceptos, señor, de Elisa. En el parque una mañana del abril, que en ella vio más jazmines que pisó el alba con pies de grana, la signifiqué el deseo que tenía de agradarla, servirla e idolotrarla. Y respondió, -- No lo creo mientras que no hagáis por mí una fineza amorosa al paso dificultosa que estimable. Prometí lo que acostumbra quien ama. Y díjome, --Yo quisiera que en esos tiempos hubiera quien ausente de su dama, no siendo correspondido, tan firme y constante fuese que al que afirma desmintiese que la ausencia causa olvido. A quien presente encarece su amor, su desvelo y fe. No hace mucho, pues, quien ve el objeto le apetece. Obligadme en esto vos. Ausentaos y averigüemos el tiempo que no nos vemos cual es firme de los dos. Y si acaso en la jornada que os olvidasteis escucho, no se os dé, don Pedro, mucho que no se me dará nada. Fuése y dejóme, juzgad de qué modo, despreciado, con celos y desterrado, pero de su voluntad tan solícito albacea que aquel día me partí a Talavera, y allí en fe de lo que desea, puesto que con más firmeza mi amor que cuando la veía, obediente mi porfía como ingrata su belleza. Permaneciera el amor que en su desdén solícito, a no haberme vos escrito tres veces que su rigor se enternece a vuestra instancia y que a mí fe agradecida a vuestro gusto rendida y leal a mi constancia darne la mano os promete. Esto de aquí me ausentó, y esto me restituyó. Siete meses, siglos siete, acrediten la fe mía, más firme en los desengaños que Jacob en sus siete años él presente, y yo sin Lía.

- ALONSO: ¿Qué tanto ha que estáis aquí?
- PEDRO: Ayer llegué.
- ALONSO: ¿Y desde ayer no fuera justo saber vuesta venida?
- PEDRO: Advertí, que siendo de noche y tarde, os fuera huésped pesado. Allá os remití un criado y no es mucho que os aguarde.
- ALONSO: ¡Cortedad impertinente! Venid, don Pedro, venid. Seréis esposo en Madrid de quien quereloso ausente, y entretanto agasajado de doña Ana, mi sobrina, que de mi casa vecina, ni poco ha solicitado vuestro alegre casamiento.
- PEDRO: Debo yo mucho a doña Ama.
- ALONSO: Veréis a Elisa mañana. (A prevenirla me ausento.)
- Vanse. Salen Elisa con un papel, y Coral
- ELISA: ¿Qué tantos extremos hizo don Juan con la suerte y letra? Coral, ¿qué tanto se holgó?
- CORAL: Hase holgado de manera que es un holgazán de gustos, y si en Purgos estuviera, fundaran sus holgaduras diez conventos de Las Huelgas. De los versos que te escribe, sacarás como madeja el hilo por el ovillo, el mesón por la tableta. Léele y verás que te paga en décimas o espinelas diezmo su amor como a cura, alcabala sin que venda, diez por uno sin ser trigo, sisa sin tener taberna, y como alguacil de corte la décima de su hacienda, que son versos guarnecidos de aljófar, diamantes, perlas, nácares, púrpuras, lamas, soles, auroras, estrellas, rosas, jazmines, piropos, cóncavos, zonas, esferas, rasgos, amggos, contornos, giros, remedos, cometas, con todos los cachibaches que cuando el reloj se suelta, los cómicos de este siglo de golpe desenfardelan.
- ELISA: ¿Pues tú también satirizas?
- CORAL: ¿A quién no dará molestia tanto girón y retazo como hilvana una comedia? ¿Viste mudar una casa cuando sobre una carreta la cargan de baratijas unas con otras revueltas? ¿El escritorio y las ollas, las sartenes y rodela, el arcabuz y las naguas, los platos y la maleta, la alfombra y el orinal, la bota y la limpiadera, la tinaja y los retratos, las espadas y las rucas? ¿Viste tocar las campanas cuando una casa se quema, y a los frailes y alguaciles por las ventanas y rejas arrojar a trochemoche cofres, estrados, carpetas, libros, basquiñas, pinturas, guitarras y sombrereras? ¿Viste almonéde vulgares? ¿Qué de vistas te dijera a no darte el quid pro quo! Digo ejemplos por sentencias. Pues, siempre que oigas candores, epiciclos, influencias, crepúsculo, potulantes, antípodas, y diademas, imagina que son trastos, y carretón el poeta cargado de triquismiquis. ¡Qué se muda! ¡Qué se quema!
- ELISA: Leo que estás formidable.
- CORAL: Tú también formidablencias alguno de gongoriza, pues te villamedianean.
- Lee
- ELISA: (Ya no puede ser severo este mes ni su aspereza, pues retratándote empieza en mayo agora el enero. Felicidades espero logradas con poseerte, pues si estriban en quererte gozos que mis dichas forman, sola esta vez se conforman en mí el amor y la suerte. (Si por suerte me cupiste, ¿qué más suerte y más fervor? Eternamente deudor de la Fortuna me hiciste. Mostrar, Elisa, quisiste que cuando más desvaría, burlando el tiempo porfía en mí favor experiencias, y que aun en las contingencias no puedes ser sino mía.
- CORAL: ¿Qué te parece eso? Sí que es decimar con llaneza y no andar por-diosando vocablos de Zeca en Meca!
- Sale don Alonso.
- ALONSO: Tan propicio a nuestras dichas, Elisa, el año comienza. Mas vos, ¿qué buscáis aquí?
- CORAL: (¡Concentainas y Palencias!)
- ALONSO: ¿No habláis, ¿Qué queréis? ¿Quién sois?
- CORAL: (San Tiento asista en mi lengua.) Soy, señor, cierta persona... (Persona, sí, mas no cierta porque nunca estoy en casa... ni persona, porque de éstas hay mucha falta en el mundo). Distilo quintas escencias limpio dientes, curo callos, hago moños, saco muelas. Llamóme desde el balcón una titular doncella que dizque lo son de

anillo en la corte las caseras. Fiéla, habrá cuatro días, diez reales de menudencias y vuelvo por la cobranza. Señora, tiene la cuenta; vuestra merced la repase y quite en Dios y conciencia lo que fuere exorbitancia que luego daré la vuelta.

Vase.

ALONSO:

Ya tenemos en Madrid a tu don Pedro y tan cerca que como a Píramo y Tisbe una pared nos le niega. Pero en tu silencio admiro, Elisa, y en la tibieza de tus ojos que sin gusto has recibido estas nuevas. La grana de tus mejillas, dirás que son nobles muestras que excusando cortedades te han emudecido honestas; pero como esas colores, equivocando apariencias, de un mismo modo disfrazan al pesar y a la vergüenza, sólo pueden construir las el discurso y la prudencia que en mí, esta vez estudiosa, fiscaliza tu modestia. Todas las que te he tratado de don Pedro, su nobleza, su amor, su caudal, su estima, su discreción, y su hacienda, o mudas conversación, o te finges indispuerta, o con los ojos me dices lo que no osas con la lengua. Pues, Elisa, ya mis años necesitan de quien tenga cuidado de ti y mi casa, que me alivie y te merezca. Harto tengo que lidiar con ellos y sus molestias sin añadir sobrecargas desiguales a mis fuerzas. Don Pedro es un mozo ilustre, agradable su presencia; conózcole desde niño. Seis mil ducado de renta tiene en juros y heredades, ni travesuras le inquietan, ni juegos le desperdician, ni amigos le desordenan. Yo le tengo voluntad, y es tanta la que te muestra que no han bastado a mudarle tus rigores ni su ausencia. Yo sé cuan bien te ha de estar. Ya te consta cuan mal lleva mi condición rebeldías. Excusemos resistencias que la vecindad murmure, porque quieras o no quieras, te tiene de ver mañana, y es otro han de quedar hechas, sin falta, las escrituras, o salir la noche mesma, en un coche de Madrid para un convento de Lerma.

Vase

ELISA:

Todo mal no prevenido es precursor del desmayo, mata repentino el rayo, y si no, quita al sentido. Instantáneo rayo ha sido, don Juan, mi padre cruel. Mas privilegiame de él mi firmeza inexpugnable; que aunque a todos formidable, no hiere el rayo al laurel. Cuando de mi amor discuerde, y me amenazan congojas, no porque tiemblan las hojas el laurel su verdor pierde. Siempre firme, siempre verde sus rigores me verán, y si en perseguirme dan la muerte, es común remedio que mi amor no admite medio entre la muerte y don Juan.

Entra doña Ana

ANA:

Permisiones de parienta y llanezas de vecina, cuando el amor me encamina y vengo a verte contenta, excusen autoridades de criadas, manto, coche, y visitarte de noche. Prima, nuestras amistades, por causa tuya algo tibias, se vuelven ya a restaurar. Plácemes te vengo a dar si es que con ellos te alivias, del esposo que por ti mi casa admite gustosa; porque de ser tú su esposa me toca también a mí perdona, la mayor parte pues nuestra dicha nos casa. Entró don Juan en mi casa, no sé si para buscarte, e informóse, aunque turbado, de tu don Pedro y de mí que de Talavera aquí viene casi desposado, porque tu padre le avisa de que ya menos cruel quiere amor lograr en él dificultades de Elisa. Confirmaron sus recelos las cartas que le leyó y tu padre le escribió, mas no bastaron los celos a destemplan su cordura, si bien nos dieron aviso de lo mucho que te quiso. Antes, con la compostura que debe a su discreción, gratulando al venturoso, dijo: --Digno es tal esposo de tan discreta elección. Quedaron los dos amigos. Y yo le quedé también; hémonos querido bien, ¿de qué sirvieran castigos que no me estaban a cuento, y yo después padeciera si por uno que le diera había de llorar ciento? No me ha cabido en el pecho este gozo hasta que tengas parte de él, y te prevengas a lo que ya, prima, es hecho. El alma a don Pedro aplica, que, pues me caso y te casas, la vecindad de las casas mis bodas te comunica. Y adiós, que vengo de prisa y es razón, mientras no sale mi huésped, que le regale por quien es, y por su Elisa.

Vase.

ELISA:

¡Qué cobardes son, Fortuna, las desdichas que ocasionas! A cientos las eslabonas; nunca vienen de una en una. Nu fueras tan impotuna si cruel en sus aumentos, sin celos dieras tormentos; pero, ¿qué bronces podrán con ellos, y sin don Juan, valerse de sufrimientos? ¿Yo ironías de doña Ana? ¿Yo de don Juan menosprecios? ¡Fuera, obediencia tirara! ¡Mañana, cielos, mañana, prenda del que aborrecí? ¿Yo sin don Juan, y él sin mí? ¿Dueño de quien me persigue? ¡Primero que al sí se obligue un áspid llegue en el sí!

- JUAN: ¿Tú me impides? ¡Vive el cielo!
- CORAL: Viva, pero no has de entrar.
- JUAN: ¿Quieres que te dé la muerte?
- CORAL: Llamaránte irregular.
- JUAN: Apártate. No ocasiones.
- CORAL: Tú las ocasiones das. ¡De noche y en casa ajena, colérico criminal! El viejo es tan avariento de su honor y autoridad que al punto que aquí nos vea dará el grito garrafal que todo el barrio conveque. Don Pedro que los oirá, pues no es sordo ni está lejos, competidor puntual ha de retar a Zamora. Al duelo responderás, y angulando con él tretas, acabóse el amistad. Elisa, su semi-esposa, si te tuvo voluntad, remitirá sus empeños al valle de Josafat. Doña Ana quéde la tuya, se soñaba dueño ya. Si estelionatos cometes, ¿qué ha de hacer sino rabiarse? Pues, Leonor la relamida lanzadera del telar, de esta pretensión picote, pues tejedora neutral entre ti y tu concurrente ha sabido enmanañar lanas de color diversa, negra aquí si blanca allá. Siendo arrendajo de Elisa, ¿quién duda que ha de bailar al son que su ama la hiciera? Y entrando la vecindad, ¿contra tantas pechelingües, qué importa ser Fierabrás? Ni, ¿qué fieltro es poderoso contra tanta tempestad? ¡Vuelta, vuelta, los franceses! ¡Oh, si en tus trece te estás! Pues no comí las maduras, vuélvame yo en haz y en paz de la santa cobardía.
- JUAN: En la templanza verás con qué disparates te oigo, el sosiego con que están en mí agravio mis pasiones. Sólo quiero gratular resoluciones de Elisa por lo bien que le estará, a doña Ana a quien obligo, la airosa facilidad con que redimo deseos. ¡Que empleo mi amor tan mal! Traígote en mi compañía por si llega a preguntar circunstancias de esta acción, pues así me excusarás de satisfacciones nuevas. No estoy loco. Ténme en más. Ven y escucha.
- CORAL: ¿Das en eso? Pues, paciencia y barajar.
- Llega muy cortés don Juan a Elisa que estará muy suspensa.
- JUAN: Bésoos, señora, la mano.
- ELISA: ¡Jesús, señor! ¿Aquí estáis? Suspensiones cuidadosas, hijas de una novedad, me excusan no haberos visto.
- JUAN: Como es dueño principal de los sentidos el alma, y en ella aposeionáis al dichoso que os merece, ¿quién duda que os llevará para darle la obediencia la vista que me negáis? Tal vez si entra señor nuevo en su casa, la lealtad del ministro se descuida de la puerta donde está por irle a ver y a servir. Lo mismo, señora, usáis con los ojos, pues se olvidan, aunque abiertos, de mirar. Yo también, interesado en vuestra felicidad por vecino y por pariente, si este título extrañáis, advertid que hemos de serlo en grado de afinidad, vengo todo parabienes de esperanzas que veáis brevemente posesiones, y éstas duren siempre en paz siglos que juzguéis instantes.
- ELISA: En ellos, señor don Juan, eternicéis con mi prima tan cuerda conformidad; que yo, mil veces dichosa, con el deudo que me dais, el parabién os retorno.
- CORAL: (¡Con salsa de para mal!)
- JUAN: Vengo a veros demás de esto, porque os quisiera excusar lástimas impertinentes que es fuerza que me tengáis si no os desocupo de ellas; porque si en vuestra beldad tuvo acción no presumida mi fe que os sirvió leal, habiendo, Elisa, tampoco que pudiera blasonar suertes felices, la suerte que desmintió la verdad. ¿Quién duda que permanezcan cenizas para señal de incendios que recién muertos palpitando agora están? Pues no, Elisa, no por esto las sazones impedáis que os ofrezca la Fortuna, que no lo son con azar. Mi libertad despedida, ya de veras libertad, para volverse a su centro me anduvo anoche a buscar. Encontróla vuestra prima, y como la antigüedad de criados que son fieles reliquias suelen dejar de afición en sus señores, fue fácil en su piedad que olvidando sentimientos se volviese a acomodar. No ha mejorado de dueño; pero tan contenta está que si os faltaran los gustos os los pudiera feriar.
- ELISA: Tenéis vos tan movediza el alma que vida os da, que en dos días se envejece violentada en un lugar. Quien dueños a meses muda, por más que sirva, no hará palacios con azulejos.
- CORAL: (Acoto con el refrán.)

ELISA:

NO os tengo lástima a vos, pues siendo la liviandad tan propia cosecha vuestra, seguís vuestro natural. A doña Ana, sí, y no poca, que podrá con vos juntar al pésame de perderos los plácemes que la dan segunda vez de adquiriros; porque en vos tan cerca está en materia de firmezas el salir como el entrar. Allá se lo haya su amor, que el mío os puedo afirmar que os echa tan poco menos que no necesitarán de pregone-ros mis penas para que os vuelvan acá. Tiene ya dueño mi dicha, y como mi voluntad mañana ha de recibirle donde eterno ha de habitar está despejada y limpia, que fuera temeridad que hallara en su casa el dueño celos en qué tropezar. Estorbadlos vos en ésta porque si la frecuentáis, ni ha de estaros a vos bien ni a doña Ana sino mal.

JUAN:

¿Quisiérades vos agora, contra la serenidad y quietud de mis afectos que vos infiernos juzgáis, que ofendida mi paciencia soltara todo el raudal de amenazas y locuras que acostumbran fulminar los agravios y los celos? ¡Qué mal haréis si aguardáis desesperados arrojados, frenética tempestad de injurias y desafíos! ¡Y esto de ingrata, desleal, cruel, inconstante, aleve, cera al fuego, pluma al mar, con todos los atributos de que tan llenos están los teatros cuando pintan a una dama y a un galán! Pues creedme, a fe de libre, que a poder vos registrar lo que pasa acá en mi pecho, donde ni estaréis ni estáis, os partiérades corrida; porque no se juzga ya si a amantes no desespera por valiente una beldad.

ELISA:

Por vida vuestra que os creo; aunque el ver que os abonáis tan sin qué ni para qué me ha dado qué sospechar. ¿Qué sería, si así fuese? Que ya yo vi rotular libros en el pergamino, que siendo de humanidad pasan plaza de devotos. Y en las Indias hay volcán, de nieve la superficie y en el centro de alquitrán.

JUAN:

Pues hagamos una cosa, vos y yo, porque creáis cuan preservado me tienen escarmientos de ese mal. Yo quedaré por perjurio y hombre de poco caudal sin palabra ni nobleza, como vos propio hagáis, si pusiere en vos los ojos, si llegare a preguntar por vos en toda mi vida. *¿Qué tal de gustos os va si os quiere mucho don Pedro, si fue su amor al quitar, y otras cosas a este tono; que ya por curiosidad, ya porque recuerdos duran, quien bien quiere suele usar? ¿Qué respondéis?

ELISA:

Que seré en eso tan liberal que del mismo pensamiento os juro desde hoy borrar. Y para que echéis de ver que lo que determináis es lo que yo apetecía, añado una cosa más que os desengaño del todo.

JUAN:

¿Y es la cosa?

ELISA:

Que os sirváis de que doña Ana me elija su madrina.

JUAN:

Será igual, Elisa, mi desempaño, si me permitís honrar siendo yo vuestro padrino.

ELISA:

¡Jesús! Con esto estarán cabales todas mis dichas.

CORAL:

(No tan bendito y cabal; que a fe que les viene apelo aquello de "más mal hay en el aldehuela madre que se suena." Ello dirá.)

JUAN:

En fin, ¿estamos conformes los dos en esto?

ELISA:

¡Y qué tal!

JUAN:

Quien se acordare primero del otro...

ELISA:

... MERECEMOS DESCREDITOS DE PERJURO.

JUAN:

Mucho haréis si lo juráis.

ELISA:

¿Yo? ¡Por vida de don Pedro! Mas, ¿qué os pretendéis vengar jurando la de mi prima? ¡Que todo vuestro caudal se cifra en aquese juro!

JUAN:

Eso os debe de abrasar; mas la vida de don Pedro no es cosa en que mucho os va.

ELISA:

¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

JUAN:

Hasta agora libre estáis. Yo sé que escondéis adentro otro que os importa más. Jurad por él y os creeré.

ELISA:

¿Y es?

JUAN:

Por vida de don Juan.

ELISA:

¡Jesús! ¡Qué gran desatino! No me acordaba de él ya. ¿Vos no veis si por él juro, que habiéndole de nombrar, pierdo con vos el apuesta? Dios le perdone.

JUAN:

Jurad por vida de todo aquello que más queréis y adoráis.

ELISA:

Don Pedro viene a ser ése.

Orgullosa
Tuvo a lo con
D. JUAN

- JUAN: Si es don Pedro, ¿qué se os da?
- ELISA: ¿Para qué he de repetirlo?
- JUAN: ¡Qué engañosa que rehusáis! Jurad por vida de Carlos.
- ELISA: ¿Qué Carlos? ¿El de Roldán? ¿O el español Carlos Quinto?
- JUAN: Negad, Elisa, negad un conde que en vuestras suertes sirvió de encuentro y azar para encumbrarse en mis dichas hallándose tan capaz en vos el alma que a un tiempo tres en ella aposentáis: a don Pedro, a mí, y al Conde. Y entre ellos mi libertad, más que todos infelice porque os supo querer más.
- ELISA: ¿Qué Carlos? ¿Qué Conde es éste? ¿Qué azares? ¿Qué encuentro? ¿Estáis, don Juan, en vuestro juicio? Desatinos refrenad o, vive el cielo...
- JUAN: Sentís aprietos de la verdad. Que en fe, sirena, de serlo se tienen de rubricar con mi sangre.
- ELISA: ¿En la daguita la mano? ¡Oh, qué singular paso para una comedia de las de veinte años ha! ¡Don Juan, sosegaos! ¿Qué es esto?
- CORAL: Si le has forzado, será él Lucrecio y tú Tarquina, porque tengan ejemplar las matronas y matronos -que hay Porcios si Porcias hay.
- * Sale Leonor *
- LEONOR: Tu padre, prima, y don Pedro entran a verte.
- ELISA: Don Juan, dueño ingrato de mis ojos, mi prenda, mi bien, mi mal, yo te adoro. Cesan ya burlas que abrasan de veras. Paren enojos en paz. Entrate en ese aposento, y en él oculto, serás testigo de las finezas de un amor por ti inmortal.
- JUAN: ¿Si te casas? ¿Si me olvidas?
- ELISA: Por la luz universal del sol, padre de las otras, por la vida que me das viéndote amante y con celos, y por ti, mi bien, que es más de adorarte eternamente sin que se atreva a borrar el carácter de mi fe toda la severidad e inclementia de los cielos.
- JUAN: En efecto, ¿no serás de don Pedro?
- ELISA: De la suerte que el traidor dé la lealtad, que el infierno dé la gloria, que la guerra dé la paz.
- LEONOR: ¿Qué entran, señores, que llegan!
- ELISA: ¡Ay, mi bien! Si la beldad de doña Ana me compite, ¿qué he de hacer?
- JUAN: ¿Cómo podrá contra el sol la noche negra perfecciones alegar?
- CORAL: ¿No oponerse una lechuza contra un águila que es más?
- ELISA: ¿Entras?
- JUAN: Entro con la fe de tu palabra.
- Vase
- CORAL: ¿No habrá, Leonor, para mí un candil. Que a oscuras he de maullar como gato entre dos puertas.
- LEONOR: No hay gota en él.
- CORAL: Pues serás virgen loca si no hay gota.
- LEONOR: ¿Y tú?
- CORAL: ¿Yo? Gotacoral.

JORNADA SEGUNDA

Sale el Conde como de noche, y Leonor

- CONDE: Tengo un poco que deciros.
- LEONOR: ¿Vos a mí? Viniera bien, si yo fuera Inés, aquello de "(un poco te quiero, Inés)".
- CONDE: Decís verdad; mas no sufre la prisa con que me veis el remate de la copla, ("yo te lo diré después") porque si esta ocasión pierdo, la esperanza perderé que en vuestro favor estriba.
- LEONOR: Terrible tiempo escogéis, mi señor. En esa sala, que divide esta pared, con su hija y con don Pedro, hoy su yerná, ausente ayer, conciertan las escrituras. Y están presentes con él su sobrina, y de ambas partes deudos que han venido a ser agentes de nuestras bodas. Pues la hora... ya lo veis. El reloj las doce ha dado y vinieron a las diez.
- Echale (el Conde) en la manga un bolsillo.
- ¡Ay! ¿Qué es esto que en la manga suena?
- CONDE: No os alborotéis, que aunque pasan, no son cantos que os descalabren.
- LEONOR: ¿Pues, qué?
- CONDE: Unos pocos de doblones para que facilitéis deseos; que cumple a damas la calle del interés.
- LEONOR: ¿En el siglo de vellón doblones? Vos entraréis mejor, si así granizáis, que el planeta ginovés. Baldada me habéis cogido del manjar que siempre fue, cuando se hace el amor hombre, codillo de la mujer. ¡No hay oros en todo el mundo! Mirad como no daréis un todo en aquesta casa: hablad, servid, pretendid; que aunque amantes peregrinen, dos primero, y con vos tres, deseosos de alcanzar la villa del bienquerer, llegaréis primero que ellos pues a la posta corréis por la senda de Galiana: vos volando, ellos a pie. Parecéisme un pino de oro pues fruto de oro escogéis, y ellos, en fe de difuntos, cada cual será un ciprés. ¿Amáis a Elisa o a doña Ana?
- CONDE: Antes que noticia os dé de mi amor, que en vos consiste, deciros quién soy es bien. ¿Conocéis al Conde Carlos?
- LEONOR: ¿Conde Claros sois? Tendréis el nombre como las obras porque no puede ofrecer estrellas de oro, doblones, sino un cielo cuando esté claro como un Conde Claros cual vos. Oí encarecer a un don Carlos, señoría, nuestro vecino, de quien dicen que si el nombre es César, en el obligar es rey.
- CONDE: Y sacaré verdadera con vos esa fama. Haced mis partes, y si se logran, Leonor mía, no cuidéis de vuestro dote y ventura.
- LEONOR: Bésoos las manos y pies, que atada de ellos y de ellas vuestra esclava soy.
- CONDE: Oíd, pues: exageróme un amigo que tengo y vos conocéis con tanto extremo esta noche la dama a quien quiere bien. Tanto encareció sus partes, tan suspenso le escuché, tan poudervativo anduvo, tan curioso yo con él que ausentándose de mí sin dármela a conocer, en su retrato mi envidia pienso que puso el pincel. Como de la novedad hija la admiración es, y ésta madre del deseo, ¡juzga de tanta preñez cual saldría el apetito! Porque en mí fue tan cruel que obediente a sus impulsos su amistad atropellé. Hice seguirle a un criado. Fue diligente tras él. Vióle en casa de doña Ana. Que la amaba sospeché digna fuera su hermosura de abrazarme, a no saber que don Juan adora a Elisa; porque saliendo después de con doña Ana, turbado en la calle le escuché fulminar con quien le sirve las locuras que un desdén, un olvido, una mudanza, suele arrojar de tropel. Impedíale el criado la entrada, por conocer el riesgo de sus arrojios; pero tan en vano fue que a pesar de sus avisos yo mismo le vi poner, ciego, la mano en la daga y en sus umbrales los pies. Entró, en fin, habrá dos horas más no salió. Vos sabréis, como confidente suya, Leonor, lo que se hizo de él, que yo, con celos primero que amante, un rato dudé a las puertas de la calle entre celoso y cortés, si entraría o no entraría hasta que por no ofender la quietud de quien adoro mis deseos retiré. De su padre y de don Pedro, don Alvaro y don Miguel, doña Ana y otros amigos, entre todos cinco o seis que son los que están agora, conforme dicho me habéis haciendo las escrituras y dándola el parabién, disimuléme criado con los demás y llegué a la presencia de Elisa, mereciendo en ella ver tanto cielo, gracia tanta que en don Juan quedó esta vez, aunque dijo cuanto pudo, avaro el encarecer. Yo la adoro, Leonor mía, yo estoy loco. Podrá ser que cuanto más imposible mis esperanzas la

ven, me parezca más hermosa. Sin ella, no lo dudéis, es la vida en mí tan ardua como cortado el clavel. como sin calor el fuego, como sin esfera el pez, como el pájaro sin aire, como sin agua el bajel. Vos sola, Leonor piadosa, Leonor cuerda, Leonor fiel, Leonor...

LEONOR: Vuestra soy, decid, Conde, y no me leonoréis.

CONDE: Vos sola sois mi remedio. Vos tenéis, sola, poder para conservar mis años en el mayo en que los veis. ¿No es mejor para condesa la hermosa Elisa? ¿No es mejor para señorita, Leonor, que para merced? Pues, con una acción, no más, que esta noche ejecutéis, ella os deberá mi estado, yo la vida os deberé.

LEONOR: Conde, decid, que doblones en manga deben de ser por San Juan, granos de helecho, pues desde que los toqué os quiero más que a mis ojos.

CONDE: Quinientos de ellos tendréis, seguros para casaros. Oídme y proseguiré don Pedro, Elisa y su padre, y los demás que sabéis, con las escrituras que hacen quieren mi sepulcro hacer. En el semblante de Elisa, que siempre del alma fue intérprete fidedigno, el pesar eché de ver con que estas bodas permite. Con causa maliciaré de que don Juan ocasiona la pena con que la ven. Si vos, antes que se firme el riguroso papel, alegando nulidades, por mi esperanza volvéis diciendo fuisteis testigo de que su palabra y fe me dio con la mano hermosa, y que no consentiréis, que por temor del peligro quebrando al cielo la ley que en estos casos dispuso, vos por ella os condenéis, sus intentos estorbáis; yo, en fin, resucitaré. Vos tendréis en mí un esclavo y a Elisa redimiréis de la vejación que llora, pues sosegadas después pesadumbres y alborotos, claro está que ha de querer a un conde más que a don Juan su padre, y que vos seréis grafificada de todos y estimada en más después. ¿Qué decís?

LEONOR: Que ya es más caro, Conde, de lo que pensé el oro que me enmangasteis: pero, ¿qué tengo de hacer? No me tengáis por ingrata. Cuanto mandáis cumpliré. Comprada soy que no mía. Vos fuisteis mi mercader; mas si al ímpetu primero pretende el viejo cruel ser en mí leonoricida, ¿quién me podrá socorrer?

CONDE: Yo, Leonor, yo que he de estar, si advertida me escondéis donde de vuestras agencias siendo testigo sea juez, cuando intenten agraviaros los unos y otros, saldré a sacaros y verdadera; pues es forzoso que os den crédito viéndome oculto en casa, con que podréis libraros vos de su enojo, y yo sus dudas vencer.

LEONOR: Alto, nunca las hazañas discursivas han de ser. Todo consejo es cobarde porque padre del miedo es. Entraos en ese aposento que es donde duermo, y poned toda el alma en los oídos. Sabrán lo que me debéis. (En el otro está don Juan. A pares empieza el mes. ¡En mi casa las tramoyas! Conde es Carlos, yo mujer; doblones los que me hechizan). ¿Entráis?

CONDE: Entro para hacer vuestra fortuna envidiada.

Entra

LEONOR: Dios vaya conmigo, amén. Mas todos salen acá. Ocasión, Amor, me dé en que encaje mis mentiras y me saque de ellas bien.

Salen don Alonso, don Pedro, doña Ana, Elisa y otros.

ALONSO: Elisa, no ocasiones sospechas a tu fama; que ni te han de valer tus evasiones, ni a quien con tantas veras y fe te ama consentiré quejoso! pues vino con tu gusto a ser tu esposo.

ANA: Prima, si ésta no es tema y quieres a don Pedro, ¿qué hay que tema la dilación de un día que encareces? Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA: Deja para los viejos, pues que no peinas canas, los consejos si no es que interesada te importa el verme, a mi pesar, casada. Conozco lo que medro feliz consorte del señor don Pedro, y estoy reconocida al amor que me muestra, mas tengo prometida una novena a la patrona nuestra de Atocha, y así trato que se quede por hoy este contrato.

ALONSO: Harásla desposada con más quietud, y menos registrada; que aunque las estaciones son tan santas de suyo, hay ocasiones en que las juventudes profanan oraciones y virtudes, y pocas hay que apenas no saquen verdadero a quien decía: "Haberse de llamar" --cuando las veía-- "en muchas las novenas, las nobuenas." No apures mi paciencia. Firma esas escrituras, o aperece tu loca resistencia a un convento de Lerma en que tus días en su clausura culpan tus porfías.

- ELISA: Escojo, pues a mi elección lo dejas, por mejor que entre rejas sujeta siempre viva que a quien no tengo amor servir cautiva; pues si uno y otro al fin es cautiverio, más noble me le ofrece un monasterio, y más vale medrando eterno nombre ser esclava de Dios que no de un hombre. y porque creas cuan constante afirmo la determinación de tus venganzas, rasgo en estos papeles esperanzas;
- Rásgalos
- que de esta suerte yo videncias firmo.
- ALONSO: Deten, inadvertida,
- Saca la daga
- la mano, si no intentas que en tu vida mi enojo satisfaga.
- LEONOR: ¿Está en sí, vuested? Meta la daga, que siendo tan cristiana mi señora, (la chanza encajo agora), y esposa de quien burla, presumidos no ha de tener a un tiempo dos maridos.
- ALONSO: ¿Qué dices?
- PEDRO: ¿Cómo es eso?
- ELISA: ¿Estás en ti, Leonor?
- LEONOR: Todo mi seso está como solía. Señores, mi señora es señoría. Un conde la confiesa; él por su esposa, y yo por mi Condesa. Ayer le dio la mano besándose la amante y cortesano. Yo fui cura y testigo.
- Aparte las dos
- ELISA: (¡Desatinada, advierte...)
- LEONOR: (Ve conmigo).
- ELISA: ... (que está don Juan oyendo tus quimeras, y que ha de imaginar que hablas de veras).
- LEONOR: En balde me cohechas al oído, más quiero mi conciencia. Tu marido es el Conde don Carlos. (Ve conmigo, que así puedes burlarlos).
- ALONSO: ¿Qué Conde o desventura?
- LEONOR: Esto es notorio. Delante de mí se hizo el desposorio. ¿De qué forman espantos? ¿Es mucho un conde donde sobran tantos? El jura, endoselando estas paredes, en señorías mejorar mercedes. Y que apetezca yo, no es maravilla, ver las espaldas vueltas a una silla.
- ALONSO: Ya digas la verdad, o ya estás loca. Tu atrevimiento mi furor provoca a que en tu sangre vil...
- LEONOR: ¡Jesús, María! ¡Conde, vuelva por mí, Vueseñoría!
- Sale el Conde
- CONDE: La voluntad, caballeros, que el viento quiso eximir de humanas jurisdicciones no ha de violentarse así. Elisa, en cuya belleza elíseos deleites ví, puesto que allá vive el gozo y acá el amarla es vivir, piadosa admitió finezas del alma que la rendí. ¡Corta oferta un alma sola quien quisiera darla mil! Poco más debe de haber de un mes que por competir con el sol, salió en un coche ella flora, y él jardín, a dar nueva vida al prado. Pues, volviéndole a vestir de yerba y rosa soberbio, vio por noviembre su abril. Todas las ponderaciones que en los versos aplaudís cuando idiomas adulteran nuevos modos de escribir; pudieran si la pintaran, lograr su elocuencia aquí; mas, ¿para qué es la retrato si a su origen asistís? Sin libertad desde entonces diademas apetecí felices a coronar su hermosura emperatriz. Díla parte de mis penas, solicité, pretendí, sin perdonar circunstancias; que suele el amor lucir. Correspondíolas afable, porque echó de ver que en mí eran una misma cosa el ponderar y el sentir. La víspera de año nuevo echó suertes y salí por elección de los hados su amante, y anoche en fin me intituló su consorte tan rendida, tan feliz que en nuestras manos amor nuestras almas vino a unir. Avisóme de la ofensa en que todos incurrís tiranizando su imperio. Caballeros, advertid: que es mi esposa, que es Condesa, y que si lo resistís, será fuerza el defender mi acción y fama o morir.
- ALONSO: Conde, entre los generosos siempre ha sido acción civil hurtar el cuerpo a las leyes y al sol el rostro encubrir. Ilustre os conoce España, Conde, os venera Madrid, rico Fortuna os conserva, la edad en vos es abril; mas aunque por tantas partes calidades presumís, no son menos las que Elisa nos debe al cielo y a mí. Valor, juventud y hacienda tiene igual; sólo añadís un título que aunque honroso no es difícil de adquirir.

Si a Elisa, pues os iguala, Conde, amáis como decís un mes ha con fin honesto, pudiéndomela pedir seguro de vuestro abono, ¿por qué de noche venís a usurpar jurisdicciones y esperanzas deslucir? Intenten pobres plebeyos medrar por medio tan vil calidades a sus casas ennobleciéndose así que es lo que disculpa en ellos. Viene a ser, pues lo seguís, defecto vituperable, digno en vos de corregir. Oblígueos, pues sois tan noble, la templanza a que advertís a pesar de mis ofensas en mi enojo, y elegid a satisfacción de partes esposa con quien vivir sin que monesprecios llore después si os arrepentís; que amores no consultados y bodas sin prevenir pronostican las más veces buen principio y triste fin.

ELISA: Señores, ¡qué disparates! ¿Me pretenden consumir el seso con la paciencia? Yo, ¿cuándo os correspondí? ¿Cuándo os tuve por amante? ¿Cuándo, Conde, os llegué a oír deseos que me venciesen? ¿Cuándo os hablé? ¿Cuándo os vi?

Aparte (a doña Elisa.)

LEONOR: (¡Que lo echas a perder, señora! ¡Pobre de mí! El Conde viene a libraros, con este ingenioso ardid, de tu padre y de don Pedro. Por don Juan ha entrado aquí, que es íntimo en sus amores. Si esta vez sabes fingir, date por libre y dichosa.)

A doña Ana aparte,

(Señora, sólo por tí me engañé en esto. Si el Conde a Elisa llega a adquirir, te queda libre don Juan. Que es tu esposo el Conde di, y dalo todo por hecho.)

ELISA: (¿Hay quimera más sutil? Lo que Leonor me aconseja está de perlas).

ANA: (Salid, Amor, a la causa vuestra; que si llegáis a impedir que don Juan de Elisa sea, mi esperanza conseguí). El callar es ya culpable, señores, y el resistir al cielo y temeridad. Con Leonor testigo fui de cuanto ha propuesto el Conde. El la dio al alma, ella el sí; conformidad las estrellas, la noche ocasión, y en fin, don Pedro culpe a sus hados y téngase por feliz, esta casa, pues, merece dueño tanto.

ALONSO: ¡Qué por ti, inadvertida, liviana, haya mi honor de salir a la vergüenza! ¿Qué dices? ¿Qué respondes?

ELISA: Que encubrir tan manifiestas verdades no es posible; que seguí los consejos de doña Ana sin poderme persuadir a querer bien a don Pedro, y que el Conde vive en mí.

Sale don Juan

JUAN: Ya es infame el sufrimiento, déjame salir a dar desahogos al pesar, avisos al escarmiento. Pretender que en el tormento sufra las penas atroces, la congoja, y no dé voces con el agravio, es lo mismo que amansar sobre el abismo los huracanes veloces. Quien quiere en los evidentes ímpetus de la violencia que esté oculta la paciencia y los agravios patentes, llegue a enfrenar las corrientes que entre desatados hielos forman airados los cielos, reprima el fuego en los bronces; podrá ser que amanse entonces la tempestad de los celos. Todos me habéis ofendido, de todos juntos me quejo; de la imprudencia de un viejo por avaro inadvertido; de un amigo fementido que vuélto competidor, vellido fue de mi amor; de un amante que pretende obligar a quien ofende por los medios del rigor de una olvidada hermosura que siendo noble se venga y porque efecto no tenga mi amor turbarle procura; de quien fue mi ventura solícita intercesora y ya a mi fe burladora su lealtad osó vender, que no es infamia ya el ser por el interés traidora; de mí mismo que creí en la duración liviana de la flor la sombra vana, del sueño, del frenesí, de Elisa, en fin, a quien di crédito y fe sin temer que en su leve proceder es de las mudanzas dueño flor, frenesí, sombra, sueño, la palabra en la mujer. * No ha un hora que me juró con afectos apacibles atropellar imposibles, que en mi favor despreció; no ha media que me escondió dende la creí diamante; no ha un instante que inconstante anegó mis esperanzas. ¡Considerad las mudanzas de una hora, media, un instante! Todos mi mal prevenís; loco por todos parezco. A todos os aborrezco pues todos me perseguís. Si estos oprobios sentís, venid a contradecirme. Sígame el necio que afirme que no es infeliz quien ama, que amor su imperio no infama, y que hay hermosura firme.

Vase.

PEDRO: Prevención discreta ha sido, Elisa, la que hecho habéis; pues, porque os sobren, tenéis en cada sala un marido. De los tres que hemos venido podéis a gusto escoger y esta casa no temer lo que muchas necesitan si las que poco se habitan a pique están de caer. ¡Tanto huésped encerrado! ¡Notable capacidad tiene vuestra voluntad pues a tres lugar ha dado! Puesto que he sido llamado renuncio el ser escogido. En Talavera he vivido; en ella de mí os servid; aunque aquí y allá advertid: se quiebran de una manera los platos de Talavera y las damas de Madrid.

Vase.

CONDE: Ya señora dificulto lo que antes facilité aunque crédito no dé a vislumbres de este insulto. ¡Pero a tal hora y oculto en vuestra casa don Juan! Permisiones de galán exceden del justo extremo. No os culpo yo, pero temo peligro del qué dirán.

Vase.

LEONOR: (Miedos, ¿qué hacemos aquí si en esta tempestad toda soy la vaca de la boda y ha de llover sobre mí? Por el Conde me perdí, de él me voy a socorrer; y cuando no pueda ser, pues a embelecocos me atrevo, oficio conmigo llevo que me gane de comer.)

Vase.

ANA: Prima, por verte en altura que a tus deudos nos honrase, procuré que se casase con un conde tu hermosura. El amor todo es ventura; no la supiste tener. Don Juan te ha echado a perder y es quien de ti más se ofende; que quien todo lo pretende, todo lo viene a perder.

Vase.

ELISA: En tu silencio, padre generoso, conjeturo señales del pesar congojoso que crece a la medida de tus males, pues cuando es tan valiente, de mucho sentimiento no se siente. Esto causan agravios desiguales y yo, en la ocasión de ellos inocente al paso que culpada, el cuello rindo a tu pasión airada. Mas, óyeme primero, no clemente sino ofendido sabio: sabrás en qué estoy libre, en qué te agravio, y seré en la opinión que me desdora de mí misma fiscal y defensora. Un año ha, poco más, que agradecida a finezas de amantes rendí a don Juan la voluntad y vida con afectos de amor tan semejantes, con tal conformidad de corazones, que si fueran verdad las opiniones que afirman haber sido la mujer y el varón un cuerpo solo y haberlos dividido severo el dios progenitor de Apolo, creyera mi cuidado que de don Juan me habían separado, y que en los dos las almas, dos mitades, deseaban unir sus voluntades. Al mismo tiempo, pues que me inclinaba a don Juan, a don Pedro aborrecía con tanto extremo que si le pintaba mi ciega fantasía, y opuesta a su deseo, tan inclinados tus afectos veía a que mi amor en él hiciese empleo. Desmayos de la muerte el alma me asustaban sintiendo el no poder obedecerte, y sólo con la vista se aliviaban de don Juan, que no ofrece la humana medicina pítima tan cordial y peregrina como el ver a quien ama quien padece. Ausentóse a mi instancia don Pedro, y ya seguro de él, mi amante en su fe y mi constancia, labraba Amor finezas de diamante. Sentiste verle ausente, permitiste obediente, que volviese a Madrid. ¡Qué desatino! A desposarse vino, desesperó esperanzas quien adoro y perdiendo el decoro a su cortés templanza, aumento con sus ansias mis desvelos. Solo quien tiene amor perfecto alcanza las congojas rabiosas de los celos. Causómelos doña Ana. Vivir yo sin don Juan fuera imposible. Aseguráale humana. Redujéle apacible. Entraste a hacer las tristes escrituras. Prosiguió mi don Juan en sus locuras. Temí que si le vieses descrédito a mi fama honesta diceses. Resistí tu violencia rigurosa. Salió, no sé de donde, ni quien le ocultó en casa, aquesse Conde que mi opinión lastima. Mintió Leonor, mintió también mi prima en lo que falsa alega; que es ciego Amor y hasta los nobles ciega. Ocasionóme a enojos, porque en mi vida puse en él los ojos. Afirmóme Leonor que fiel amigo de don Juan me procuraba ver si con tal engaño mi libranza de don Pedro. Por esto que soy, digo, esposa de ese Carlos. Salió don Juan celoso. Multipliqué peligros por obrarlos. Lo seguro arriesgué por lo dudoso. La verdad te he propuesto. El medio elige agora más honesto; Ya a morir me apercibas, ya ausente de tus casas vengativas de Madrid me destierres, ya entre paredes trágicas me encierres, o ya, advertido, sabio, reduzcas con don Juan a amor tu agravio.

De rodillas.

A tus plantas rendida la cabeza te ofrezco con la vida. Lastime al escarmiento la libertad que oprime a un convento, a don Juan toda el alma, que si es suya forzoso es que a su amor se restituya: pero a

don Pedro, al Conde inadvertido, con desdén inmortal eterno olvido

ALONSO:

Ya está, indiscreta Elisa, en estado tu fama que da al remedio prida, y cuando de tu amor la ciega llama obligarme pudiera a que don Juan te diera, de puro pretendida ninguno hay que te quiera porque vale el honor más que la vida. Oculto el Conde Carlos que en fe de ser tu esposo presenta, verdadero o mentiroso, testigos que no puedes recusarlos, ¿de qué suerte pretendes que don Juan, a quien amas cuando ofendes, arroje a la malicia el honor, vidrio al fin tal delicado que el aliento no más le mancha, quiera vil para todos una vez quebrado? Has el mismo argumento del Conde, que ofendido vio salir a don Juan de tu aposento, en él por tu imprudencia conducido. Y mira, cuando amaras a don Pedro y mi gusto obedecieras, ¿como le persuadieras, desmintiendo apariencias que tan claras nuestra opinión lastimas? ¿Y es bien que tiemblen los que su honra estiman? Pocos serán mis días. Presto dará esta pena cabo de ellos. En Lerma están tus tías Déjame con sosiego fenecellos y vive tú entretanto, cuando no religiosa, retirada. Estarás, si no alegre, regalada mientras Madrid, apetecido encanto, este desaire olvida, y elegirás, en viéndome sin visa, a gusto tuyo estado: ya de don Juan esposa, o ya, con más acuerdo, religiosa. Segura mi vejez de este cuidado, prevenirte procura que Madrid con no verte al vulgo enfrenará si te murmura, pues si se olvida todo con la muerte y la ausencia retrato suyo ha sido podrás ausente ocasionar su olvido.

ELISA:

¡Tan sabio medio ofreces!

ALONSO:

No me agradezcas lo que no mereces. Por mi honor me reporto. Ocupa el plazo corto, Elisa en prevenirte porque dentro de una hora has de partirme.

Vase.

ELISA:

¡Ay, caro don Juan mío, ofendido te dejo! ¿Cómo es posible si de ti me alejo yo toda amor, tú todo desvarío, que no muera impaciente quien a un tiempo es culpada e inocente?

Vase. Salen Leonor y doña Ana.

LEONOR:

Esto es todo lo que pasa.

ANA:

En efecto, ¿qué tú fuiste: la que a Carlos escondiste?

LEONOR:

Ocultéle por ti en casa y de ella salgo por ti huyendo.

ANA:

Mientras la mía de ti se esperanza fía, en ella tendrás, y en mí la acción que yo. Y si don Juan hace caso de su honor y paga mi honesto amor, mis dichas te deberán las medras de nuestro engaño.

LEONOR:

Ten por cierto que no esté en Madrid quien más te dé pesares en todo este año. Yo vi a sus puertas el coche con las mulas de camino: que ha de sacarla imagino el viejo esta misma noche.

ANA:

Logre mis dichas, Amor, y sáqueme de estas olas.

Sale don Juan

JUAN:

Pésame no hallarte a solas. Retírate allá, Leonor.

LEONOR:

(Bueno se le va poniendo el ojo al hacha. ¿Ya están los amores de don Juan de otro temple? No lo entiendo).

Vase.

JUAN:

Doña Ana, yo necesito de tu amor y tu consejo. Herido a don Carlos dejo, castigo de su delito. Aguárdéle en esa calle, ciego me salió a buscar, la razón me pudo dar aceros para sobralle. Enemigo es poderoso, peligrosa mi asistencia, el retirarme prudencia. Partirme luego es forzoso. Débote la voluntad que pagarte no he podido, cuando más reconocido no quiere mi adversidad que llegue a corresponderla. El peligro me da prisa; la poca lealtad de Elisa ocasión de aborrecerla. Sirva el ver que me despido de ti sola, y te doy cuenta de esta desgracia violenta de señal si te he ofendido que te vengué castigado, que reconozco tu amor, que soy de tu fe deudor, que me ausento enamorado deseoso de agradarte, sin recelos de ofenderte, indigno de merecerte y resultado en adorarte.

ANA:

No querrá mi suerte airada, don Juan, ya en mi favor cuerda, que cobrándote te pierda hoy dichosa, hoy desdichada. De Madrid saca mi tío a Elisa. Si aquí estuviera, tu partida permitiera porque en efecto no fío, viendo la de tus mudanzas. Si se ausenta y tú te vas, temo que la seguirás; que con amor no hay venganzas. Haga el Conde diligencias buscándote; que en mi casa, mientras este rigor pasa, desmentirás sus violencias.

En ella es bien te asegure, que nadie creerá de mí que por socorrerte a ti, yo mi opinión aventure. Este cuarto, ese balcón, pues en amarte aventajo pasándome yo al de abajo, te ha de servir de prisión. Sus espesas celosías registros deslumbrarán y en ellas divertirán tus penas, melancolías. No hay padres a quien temer; de mis acciones soy dueño. Ocultándote te empeño nuevamente. Esto has de hacer, y si no, daré noticia antes que salgas de aquí a la justicia de ti.

JUAN: ¿Para qué, mi bien, justicia donde reina la piedad, donde triunfa tu firmeza? Si es mi alcaide tu belleza, mi prisión es libertad, Mas témome de Leonor que me vio entrar.

ANA: No hay temella. Téngola grata y por ella se ha de lograr nuestro amor. De casa no ha de salir ni la permitiré hablar con otros, pero cuidar de tu regalo, asistir a lo que hayas menester. Eso sí; vñose huyendo de la de Elisa, y pretendo que no lleguen a entender que apruebo sus demasías. Mis criadas callarán también, porque en fin, don Juan, te quieren bien por ser mías.

JUAN: Tú lo dispones de suerte que en las dichas que intereso soy ya dos veces tu preso.

ANA: Libros en que entretenerte hay sobre ese contador, y aderezo con que escribas versos, que a Elisa apercibas, mientras que viene Leonor a traerte de cenar y a disponerte la cama.

JUAN: La aurora aljófara derrama. Tarde es para reposar.

ANA: No tienes en qué ocuparte. Los presos duermen de día.

JUAN: Desvela amor, Ana mía, y amo yo.

ANA: Quiero cerrarte que te temo fugitivo.

Cierra con llave.

JUAN: Si me buscare Coral, Fiate de él, que es leal.

ANA: Adiós, pues, dueño cautivo.

Vase.

JUAN: Deleita el color verde, que consiste entre el blanco y el negro, y la esperanza le elige porque el medio y punto alcanza perfectamente de lo alegre y triste. Pobre de él si el color negro le vista y le enluta tal vez su destemplanza, pues le imposibilita su mudanza que el medio alegre que perdió conquistó. Lo mismo pasa en la pasión celosa que entre amor y temor alcanza el medio, y alegrando tal vez, tal entristece. Ya es imposible amarte, Elisa hermosa, mi esperanza enlutaste. ¡No hay remedio! Que mal puede esperar quien aborrece.

Abre Coral y entra.

CORAL: Déjame la llave y vete a tus haciendas, Leonor. Aunque siendo haciendas tuyas, no tendrán mucho de Dios.

JUAN: ¡Oh, mi Coral, bien venido!

CORAL: Coral, y tan tuyo soy que esta vez he de quitarte todo el mal de corazón. Déjame cerrar la puerta. Retirémonos dos dos donde, ya que nos acechen, no nos oigan. Atención: después que al coso saliste picado del garrochón de los celos, si no toro, torote atropellador de lo roso y lo velloso, y tu furia nos abrió el toril o el aposento... sigo mi comparación pues toros y desengaños con una misma armazón de cabeza nos los vende la experiencia, su pintor, Sin osarme rebullir oவில் de mi temor, tuve envidia en las paredes a las letras de carbón, deseando transformarme en ellas con saber yo ser cartapacio del necio y sátira del lector. Temblando, en fin, de valiente, telaraña de un rincón, me juzgaba palatino. Del viejo a la primer tos, cuando después que te fuiste cada cual competidor sarpullido de tus celos, le dio a tu dama un jabón. Quedaron ella y su padre... ¡Ya ves qué tales los dos! Como en las uñas del gato en ánima del ratón, él suspenso, ella turbada. Fue el miedo tan orador como en las mujeres se usa, que el peligro es Cicerón. Ponderó lo que te amaba, tus finezas, tu valor, la tempestad de tus celos, lo limpio de tu afición y que próspera en no dar sospechas al pundonor en los que a vistas vinieron a esconderte te obligó. Que a don Pedro aborrecía más que el buho el resplandor, al buen año el avariento, a la hermandad el ladrón. Juró como un catalán no saber quien ocultó a aquel Conde entremetido, de nuestra paz Galalón, que ni de él tuvo noticia ni en su vida le dignó la memoria ni aun los ojos. Mas que a pura persuasión de doña Ana que la dijo ser tu amigo protector y querer con tal engaño redimir su vejación, concedió con su embeleco, y cerró la confesión con ofrecer a su espada el cuello, todo candor.

Oyóla pro tribunali el viejo ponderador, resolviéndose después de media hora de sermón en que había de llevarla a Lerma, antes que veloz diese el alba afeite al prado y au oriente bermellón. Entró a prevenirse Elisa, el viejo aprestar mandó el coche, con dos criados, y entretanto... oye el mejor caso que escribió poeta; que a serlo, a fe de quien soy, que sin mendigar asuntos yo enriqueciera a un autor. Entretanto, como digo, por un pariente envió, confidente de su casa, celoso de su opinión. (A) éste, pues, en puridad le dijo, "Alvaro, yo estoy resuelto a honrar con la sangre del Conde mi sucesión. Persuadir que truegue Elisa en dedén la inclinación que a don Juan tiene es querer que el abril viva sin flor. Fiado, pues, en el tiempo cuya cuerda dilación muda afectos y apetitos, he fingido que llevo hoy a un monasterio de Lerma a Elisa, en cuya prisión escarmiente rebeldías y llore su obstinación. Sacaréla luego al punto de la corte, y yendo yo, Dorotea y Alvarado con ella, sin permisión que a persona comunique, ni vea aun el resplandor del cielo, con las cortinas echadas, mi prevención estriba en que ignore el pueblo que ha de darla habitación. Llegaremos de esta suerte a la una o a las dos a sestar a las ventas que llaman de Torrejón. Retiraréla a una cuadra hasta que cubra de horror la noche nuestro hemisferio, y siguiendo mi ficción daremos vuelta a Madrid, persuadiéndola que estoy resuelto a que viva oculta en Ilescas, donde vos ya esperáis a instancia mía mientras la murmuración, sepultada en el olvido, no lastime nuestro honor. Vendrémonos tan despacio que entremos cuano el rumor y bullicio de la gente no pueda darla ocasión para advertir que a la corte mi engaño la restauró. Vos, don Alvaro entretanto, en fe que mi amigo sois y que en vuestra lealtad tengo antigua satisfacción, despejando aquesta sala de cuanto adorno la dio la calidad de mi estado y de mi hacienda el valor, cuadros, colgaduras, sillas, escritorio, contador, cama, estrado, sin que quede un clavo que dé ocasión a que reconozca el sitio, pediréis al corredor, Pedro de Avila, el que vive junto a la Puerta del Sol, que os alquile por un mes otra tanta ostentación que de modo la disfrace que no la conozca yo. Retirada en ella, Elisa, y las puertas del balcón clavadas, dando la luz la vidriera superior, ni viéndola sino vos. Hará don Juan diligencias que despierten su afición. Solicitaré entretanto que el Conde, que sospechó mal del desaire pasado, haga cuerda información de la honestidad de Elisa y buscando intercesor poderoso, si es su amante, lograré mi pretensión. Esto dijo, esto escuché, temeroso acechador, por el hueco de la llave. Esto mismo prometió el amigo confidente partiendo a su ejecución como el coche a su jornada. Salí a tiento a un corredor, topé con una escalera. Hasta un patio me guió. Di desde él en un corral, salté por un paredón, supe que el Conde huyó herido. Mi lealtad adivinó que estabas en esta casa. Doña Ana abrirme mandó. Y la noche que se sigue volverá a la posesión de su cuarto nuestra Elisa. Si permanece tu amor, pared en medio la tienes. Tisbe y Píramo los dos. No os veréis por rehendijas mas de balcón a balcón. Para que os comunicuéis con toda circunspección, sin riesgo de la conciencia, que eso no lo quiera Dios, traza tengo imaginada que ha de hacerme arquitector balconero con que admire al artífice mayor. Ya sabes mi habilidad. Mi ingenio es ensamblador, lo que te quiero infinito. Consulta a tu suspensión, durmiendo agora sobre ello si te estará bien o no; que después queda a mi cargo el lograr esta invención.

JUAN: Coral, cosas me refieres, que al paso que nuevas son, causan en mí novedades extrañas.

Sale doña Ana.

ANA: Entra, Leonor, que es hora que don Juan cene.

JUAN: Coral, abre.

ANA: Pues, señor, ¿cómo os va de carcelaje?

JUAN: Doña Ana, ¿cómo con vos?

ANA: Tarde es para que cenéis, almorzar será mejor y reposaréis de día.

JUAN: No hay plato de igual sazón como el ver vuestra belleza.

ANA: Venid.

A él aparte

JUAN: (Coral, vuelva yo por ti a la gracia de Elisa y mi hacienda a tus pies pon).

JORNADA TERCERA

Sacan en una silla de manos, cerrada la puerta, a Elisa.
Salen don Alonso, Leonor y don Alvaro, y en saliendo Elisa
en cuerpo, meten los mozos la silla.

ALONSO: Abre a esa silla la puerta. Volveos con ella los dos. ¿No sales?

ELISA: Gracias a Dios; que respiro.

ALONSO: Elisa, advierte tu temosa condición, que mientras no la mudares y más cuerda me obligares, ha de durar tu prisión lo que durare mi vida. ¡Presto la consumirás! Todos sospechan que vas a Lerma. Traza es fingida para que no sepan donde te niego a sus diligencias. ¡Extraño tus resistencias! Ni de don Pedro ni el Conde te satisfaces. Don Juan no ha de ser tu esposo. En esto no hay que hablarme. Si has dispuesto darme disgustos, tendrán aquí los tuyos castigo. Si intentas que no me arroje a más extremos, escoje, consultándole contigo o a don Pedro o a don Carlos; que aunque éste está receloso de lo que vio, es generoso. Medios hay, yo sabré hallarlos, que le aseguren verdades. Al instante he de volverme a Madrid. No esperes verme mientras tus temeridades no mejoren de consejo. De don Alvaro te fío, ésta es su casa, él tu tío. En su vigilancia dejo librada la ejecución que a tu inquietud tanto importa; y en tu mano el que sea corta o prolíja esta prisión.

A don Alvaro

Primo, nadie ha de saber de Illescas, quien vive aquí. En la corte os advertí lo que en esto se ha de hacer. Vos la traeréis la comida. y Leonor la guisará, ya que a vuestra instancia está en casa otra vez. La vida me va en esto si por vos suete mi esperanza efeto. Avisaréisme en secreto porque vengamos los dos y se concluya esta empresa; mas nadie espere de mí que Elisa salga de aquí si no es difunta o Condesa. Cerrad y venid, que es hora de partirme.

ALVARO: Ejecutor he de ser de este rigor. Mirad lo que hacéis, señora.

Vanse los dos y cierran con llave por de dentro.

ELISA: No sé si diga que siento el verte en mi compañía más que cuanta tiranía oprime mi pensamiento.

LEONOR: Suerte es de los desdichados que yerren en cuanto emprendan, con los servicios ofendan e indignan con los agrados. Doña Ana con las malidias de don Carlos me engañó. Merezca, señora, yo perdón siquiera en albricias de que está aquí tu don Juan.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que a Illescas vino, tú el norte de su camino, y él tras ti tu piedra imán. Disfrazado en labrador supo desmentir espías, ¿Quién duda que le verías?

ELISA: ¿Cómo, si hasta el resplandor del cielo mi padre airado me limitaba? De noche no nos permitió que al coche corriesen un encerado. Yo a la popa, él junto a mí; de día en una posada tan oculta y retirada que aun los huéspedes no vi. Tan celoso impertinente que no te podré dar señas de sí en el camino hay peñas, de prado, de arroyo o fuente. Y apenas llegué a esta villa cuando me sale a la puerta, también para mí encubierta, de esta posada una silla. Y entrando a oscuras en ella, para que todo lo dude, aun la escalera no pude ver cuando salí por ella en la más cruel prisión. ¡Leonor, los presos no ven!

LEONOR: ¡Y como que el querer bien no es caso de inquisición! El, en efecto está aquí y yo con él disculpada. El Conde, que interesada me juzga, volvió por mí y pidió que te asistiese con cargo de ponderarte que su vida es adorarte. Doña Ana, para que hiciese que de don Juan te olvidases, también por mí ha intercedido, y los dos me han ofrecido, como con Carlos te cases, dote y ajuar; pero yo que contigo me crié y por experiencia sé que el cielo te destinó a quien sólo te merece, resuelta en morir contigo, al cielo doy por testigo de lo que mi fe te ofrece.

ELISA: Leonor, el presente es tal que descubrirá quien eres.

LEONOR: Tarde es. Si reposar quieres, durmiendo se templará el mal. Cama y alcoba hay curiosa que autorizan a su dueño.

ELISA: Con pesadumbres no hay sueño. Poco siente quien reposa. Rezaré un rato primero y entrarásme a desnudar.

LEONOR: ¿Enamorada y rezar?

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que aquí te espero.

Vase. (Elisa.)

Dáspaniéndose van bien de Coral las invenciones.

Saca muchas llaves en un llavero.

Fíome sus intenciones y quiérole un poco bien. Agora falta probar si entre tanta multitud de llaves tendrá virtud alguna para burlar la impertinente quimera del viejo en nuestra prisión; porque con llave al balcón, sin ver la calle siquiera es morir. No sé qué traza me contó Coral que hacía con que en el balcón podía sacar su tramoya a plaza. El es medio carpintero y diversas cosas sabe; mas, ¡las ventanas con llave! Sus industrias desespero. Si Amor, que su imperio muestra en la mayor apretura, no alivia nuestra clausura... Esta pienso que es maestra. Voyla a probar entretanto que cumple sus devociones Elisa. Hermanos balcones, juntaos y sea por encanto.

Vase y salen don Juan y Coral.

CORAL: Viento en popa navegamos por el paraje común de los que nacen de pies, la Fortuna te hace el buz. Ya tu Elisa está en su casa, puesto que de mancomún. Su pádre y su confidente la hacen creer, en virtud de que su esposo no seas, que está en Illescas según escuché trazarlo anoche a la avara senectud de su padre. Fuera duerme doña Ana, que la avestruz de la muerte le ha sisado a su tía la salud. No volverá según esto hasta que del ataúd del ocaso libre, el sol dé al oriente nueva luz. Encajado el pasadizo, que de mi solicitud e ingenio es prueba, al balcón que ha de ser nuestro arcaduz por más que encarcele el viejo a tu Elisa. Si tahur eres, a figura estás yendo a primera de flux.. Llégate a ver la tramoya.

JUAN: Si salieses, Coral, tú con esa traza, no tiene bastante plata el Perú para premiarte el ingenio.

CORAL: Ya es paga la ingratitud.

JUAN: Las ventanas están altas, la calle toda inquietad, los vecinos maliciosos, honra y peligro...

CORAL: ¡Jesús! ¿De cuándo acá eres cobarde? Calóse el cielo el capúz con que se enluta la noche sin verse un jirón azul, durmiendo la vecindad, la luna en el mar del sur, ¡y tu amor con tembladeras! ¡Qué animosa juventud!

JUAN: ¿Si nos derriba en la calle tu stratagemata?

CORAL: ¿Pues tú dudas mis habilidades? Siendo Merlín andaluz todo yo soy sutileza, si no me desmiente algún mentecato de la corte. Pues el sol no nace aún, ven y verás mis desvelos.

JUAN: ¡Oh, Amor, si sacas a luz mi esperanza, deberánte mis sentidos su quietud!

Vanse. Sale Leonor con una llave de loba.

LEONOR: Hechicera es esta llave; no hay para ella prevención. Abrí al instante el balcón. Por la puerta también cabe de la sala que he ya abierto. Deberále a mi artificio don Juan todo este servicio, pues con él su amor despierto.

Sale Coral.

CORAL: Dóysela al mismo Arquimedes si es hombre de tres la una.

LEONOR: ¡Ay, Jesús! No me has dejado gota de sangre.

CORAL: Las brujas como tú, por tener poca, dicen que a los niños chupan.

LEONOR: ¿Por dónde entraste?

CORAL: A la chanza de un tablón se lo pregunta, sacabuche balconero cuyo cuello, como grulla ya se extiende, ya se encoge, y celebrando mi industria en el tuyo se incorpora con invención tan segura que pueden pasar por él los chapines de una viuda. Puentes sé inventar de encaje.

LEONOR: Sí, pero Coral, ¿quién duda que en viéndolo los que pasan nuestra opinión no destruyan?

CORAL: Anda, que estás hoy modorra. Ya te digo que se excusa todo registro mirón; pues cuando el sol y la luna quieran hacer de él alarde, retirándole se oculta del modo que la naveta del escritorio, que ocupa el espacio de su hueco.

Sale Elisa .

- ELISA: Si no hablas con las pinturas, Leonor, ¿con quién te entretienes? ¡Jesús! Coral, ¿tú aquí?
- CORAL: Triunfan sutilezas amorosas de impertinencias caducas y éntrase por cualquier parte Amor, que es deidad desnuda.
- ELISA: Bien; mas ¿con llave las puertas?
- CORAL: Para Amor no hay cerraduras; que como es su padre herrero le enseña a forjar ganzúas.
- ELISA: ¿Por dónde has entrado? Acaba.
- CORAL: Prestóle al Amor sus plumas a un balcón que por los vientos, sirviéndome de chalupa, tomo puerto en esta sala.
- ELISA: Habla veras deja burlas. ¿Quién te dijo que en Illescas estaba yo?
- CORAL: Amor, lechuza, que escondiéndose del sol te supo seguir a oscuras. En Illescas y en la corte estás a un tiempo y, sin culpa, presa en tu mismo aposento él de don Alvaro ocupas. Con caminar ocho leguas no has caminado ninguna, y huésped de tu casa gozas lo mismo que buscas. Si quieres averiguar todas estas garatusas, abre al balcón las ventanas, repara el modo y figura de la sala en que te prenden, mira esa alcoba o estufa, las bovedillas del techo que en Illescas poco se usan, esas puertas y paredes, que como los trajes mudan, cual danzantes se disfrazan con ajenas colgaduras.

Sale don Juan

- ELISA: ¡Ay, cielo! ¿En la corte estoy?
- JUAN: En la corte y en mi pecho de quien por justo derecho todo el dominio te doy. ¡Ay, dueño de mi esperanza! ¿Tú, por mí, sin libertad?
- ELISA: Don Juan, la felicidad de veros, con la templanza que mis firmezas merecen, desazona el no saber misterios que llego a ver, e imposibles me parecen. ¿Por dónde entrasteis aquí? ¿Cómo penetráis clausuras?
- JUAN: Sólo en Coral las locuras son provechosas.
- CORAL: Por ti mi ingenio se sutileza, pues de tu amor instrumento, te fabriqué sobre el viento una puente levadiza por donde el balcón vecino y el tuyo se dan las manos.
- JUAN: Los celos, tal vez villanos, y Amor, todo desatinos, prenda mía, me obligó a que al Conde ingrato hiriese, y del favor me valiese que doña Ana me ofreció. Huésped de su casa, he sido tiernamente regalado. Supe cuanto ha maquinado tu padre, y que el Conde herido, más dichoso que leal, aunque cirujano llama ni pelagra ni hace cama por ser tan poco su mal., que sin encarnar la espada al soslayo le pasó un brazo. No la guió bien mi ofensa provocada. Ya tendré por ignorante a quien en la sangre afirma, que Amor su imperio confirma, pues el Conde más amante después de vertida tanta, con más veras te pretende, con más afectos se enciende, con más recelos me espanta. Tu padre, porque te adoro, a su amor rendirte trata; que siempre canas de plata siguen los pasos del oro. Doña Ana lo solicita, tus deudos se lo aconsejan, mis esperanzas me dejan, sólo tu fe me acredita. Mas, ¿cómo podrá vencer contra tanto tu valor, un conde competidor, yo infelice, y tú mujer?
- ELISA: ¡Medio con tiempo has hallado para el mal que te lastima! ¡Huésped, don Juan, de mi prima, "tiernamente regalado!" Tú lo confiesas así los riesgos experimentan finezas que el fuego alientan que casi apagado vi. ¿De su casa te valiste cuando en la corte tenías amigos de quien podías fiar? ¡Temores! Ya hiciste de su fe más: confianza que de muchos que pudieras, y si tú la aborrecieras, no alentaras su esperanza. Tu amor, don Juan, satisfaga empeños de mi enemiga, pues el noble que se obliga ya se dispone a la paga. Vete que si te echa menos, ha de venir a buscarte, y si aquí llegase a hablarte, no excusas.
- CORAL: ¡Rayos y truenos! ¿Qué más decir? Fuera duerme la tal doña Ana; una tía se le muere. ¡Qué buen día! ¡Ojalá con ella enferme todo el tiazgo de España, con toda madrastra y suegra.
- LEONOR: Si el ver a don Juan te alegra, ¿qué miedo tu gusto engaña, o para qué es el enojo?

Dentro.

- ALONSO: Esperadme, Conde, aquí.
- ELISA: ¡Ay, cielo! ¿Es mi padre?
- LEONOR: Sí.

Acaba.

Vanse los dos.

ELISA: Cierra con llave, Leonor, la ventana.

Vase (Leonor)

LEONOR: Mi temor echó a la puerta la aldaba.

ALONSO: ¡Hola, abrid aquí!

LEONOR: ¿Quién es?

Abre y sale don Alonso.

ALONSO: Si yo por de fuera cierro, ¿para qué es prevención tanta?

LEONOR: Para que quien entre dentro no nos halle de improviso en civiles ministerios imposibles de excusarse.

ALONSO: ¿Duerme Elisa?

LEONOR: Está cumpliendo cristianas obligaciones.

ALONSO: Di que salga.

LEONOR: Pues, ¿tan presto dio vuelta vuestra merced de Madrid?

ALONSO: Déjate de eso, y llámala.

Sale Elisa.

ELISA: Pues, señor, ¿has hallado modos nuevos con que añadirme pesares? ¿Mudaste ya de consejo? ¿Quedósete algo olvidado? Que yo te estaba midiendo dos leguas de aquí el camino. ¿A qué vuelves?

ALONSO: Ya no es tiempo de proseguir invenciones. Hija, sólo los recelos de que don Juan te inquietase determinarme pudieron a persuadirte que estabas en Illescas; mas supuesto que ya no nos hace estorbo, que estás en Madrid te advierto, en tu casa y en tu cuarto.

ELISA: ¿Dónde?

ALONSO: En tu casa. Esto es cierto.

ELISA: Pues toda esta ostentación, ¿de dónde vino?

ALONSO: Todo eso y más hallan en la corte diligencias y dineros. Acudamos a lo más y no gastemos el tiempo en lo que menos importa. Don Juan perdido de celos, hirió ante noche a don Carlos y sospechándole muerto, se valió de doña Clara en cuya casa secreto, por ser de doña Ana tía, y heredarla en fe del deudo que hay entre ellas, envió por tu prima y convinieron en que don Juan se ausentase quedando los dos primero desposados. Ya te constan los amorosos extremos que don Juan debe a doña Ana. Supo estos tratos don Pedro y tuvo de ellos envidia, porque en fe de tus desprecios, olvidándote mudó en tu prima pensamientos. Dióse aviso de todo al Conde, deseando a don Juan preso, y hallóle herido en un brazo, más, gracias a Dios, sin riesgo. El Conde pues que te adora, juzgó generoso y cuerdo que casándose doña Ana con don Juan, hallaba medios con que obligarte a su amor, y anteponiendo deseos a venganzas, fue esta noche a ver a don Juan, saliendo con tantas veras su amigo que a instancia suya se dieron doña Ana y don Juan las manos, unos y otros tan contentos que enviándome a llamar, testigo he sido y tercero en casa de doña Clara de finezas y de afectos. Mañana han de desposarse y el Conde, que por ti ha puesto la vida, viene conmigo. ¡Ya ves lo que le debemos! Sí, noble, su amor admities, deberáste tu remedio, deberáste tu quietud, deberéte mi sosiego. No me des más pesadumbres.

LEONOR: (¡Jesús Cristo! ¡Los enredos que ha tejido en un instante!
¡Válgate la trampa el viejo!)

ELISA: Cosas, señor, me refieres que las presumiera sueños a no ser quien las afirma tan digno de fe y respeto. ¡En la breve duración de un día, tantos sucesos! ¡Tanta mudanza en don Juan! ¡Tan poco amor en su pecho! ¡Yo mujer y por su causa amenazas resigiendo, menospreciando peligros, atropellando destierros, y el hombre ausente doce horas, sombra leve, cera al fuego, pluma al aire, corcho al agua, flor de agosto, sol de febrero! ¡Alto, Amor devanecido, al uso del

siglo andemos! Lo que arruinaron engaños reedifiquen escarmientos. Subordinada a tu gusto y obediente a tus preceptos, al Conde Carlos admito.

Abrázala.

ALONSO: ¡Agora sí que en tu cuello, como la hiedra en el olmo, mil años rejuvenezco! Aquí está, voy a llamarle. ¡Qué buenas nuevas le llevo!

ELISA: ¿A estas horas? No, señor. Mañana con más sosiego, dispuesta el alma a servirte, podrá venir.

ALONSO: Bien, No quiero apresurarte; mas mira que, pues quedamos en esto, no me saques mentiroso.

Vase.

LEONOR: Señora, ¿qué es lo que has hecho?

ELISA: Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres de un alma toda recelos que entre engaños que ha escuchado duda verdades? ¡Qué tiemblo! Don Juan adoró a doña Ana. Apariencias le ofendieron del Conde en mi casa oculto, hirióle, ausentóse, y temo que escondiéndose en la suya, siendo huésped, es ya dueño.

LEONOR: ¿Hay discursos más perdidos? ¿No adviertes los embelecocos que tu padre ha sancochado?

ELISA: Sí, pero también entre ellos mezcló, Leonor, certidumbres.

LEONOR: Si lo fueran, ¿a qué efecto entrara a verte don Juan?

ELISA: ¿Eso dices? Amor, miedo del mar, padre de mudanzas, como él hace a todos vientos. Si dio la mano a mi prima y supo que me había vuelto después mi padre a mi casa, ¿es mucho que envidie ajeno lo que juzgaba por propio? ¿No afirmó Coral, ¡ay, cielos; que estaba ausente doña Ana? ¿La enfermedad no fingieron de doña Clara su tía? ¿No dijo mi padre luego que en su casa, ella y el Conde terciaron en los conciertos? ¡Que recelan mis agravios!

LEONOR: Pues, ¿qué sacas de todo eso?

ELISA: Que en casa de doña Clara están todos, esto es cierto, trazando sus desposorios. Porque sepas que no miento, abre, Leonor, dame un manto,

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: Las dos iremos, o yo sola, que es mejor, quedándote tú aquí dentro, y si a don Juan hallo en casa, culparé los desaciertos de mis celosos temores; mas si no, cuanto sospecho es sin duda.

LEONOR: ¿Y no reparas que han de conocerte luego las criadas de tu prima?

ELISA: Todas estarán durmiendo. La casa es de vecindad. Hallaré el portal abierto. Solo en el cuarto de arriba vive don Juan casi preso. Fingiré que soy doña Ana, abriráme y trazaremos, si se engañan mis malicias, los dos el mejor acuerdo que asegure mis temores.

LEONOR: Ciega estás.

ELISA: Estoy sin seso.

LEONOR: Pues, ¿dónde habemos de hallar el manto si entraste en cuerpo desde el coche hasta la silla?

ELISA: Mantos hay en mi aposento, y baúles. Baja a abrirlos.

LEONOR: Vamos; que apaciguar celos es pedir peras al olmo.

ELISA: Leonor, avisa en sintiendo a mi padre.

LEONOR: ¿Yo? ¿Por dónde?

ELISA: Tendrá el pasadizo puesto Coral, y desde el balcón me llamarás.

LEONOR: En efecto, ¿das en creer disparates?

ELISA: Dúdolos si no los creo.

Vanse y salen don Alonso, don Pedro, y el Conde son banda.

CONDE: Escondido y atento escuché su amoroso sentimiento, y que ofreció discreta ser dueño mío si doña Ana aceta a don Pedro, y olvida a don Juan. Pues nos consta su partida a Valencia, no queda inconveniente que estorbarnos pueda.

ALONSO: La elección que en su amor don Pedro ha hecho nos obliga a ayudarle.

PEDRO: Satisfecho de su honesta hermosura, desde que fui su huésped, mi ventura a adorarle me inclina.

ALONSO: Seguirá mis consejos mi sobrina pues por padre me tiene. Además que avisarla me conviene de todo este suceso, pues el fin que intereso estriba en que a su prima persuada que con don Juan su boda concertada, será muy venturosa si con ella don Carlos se desposa.

PEDRO: Cuidad de exagerarla lo mucho que me esmero en adorarla, lo que pienso servirla.

ALONSO: A mí me está bien el persuadirla la suerte que no espera; que cuando no por vos, por mí lo hiciera. Hallaréla dormida; mas no importa. Despierte; que sabida la nueva que he de darla, lisonja pienso que es el despertarla.

CONDE: Sí, porque esto de bodas hará en ella el efecto que hace en todas, pues por verse en el tálamo risueño querrá más a un marido que no a un sueño.

Vanse y salen Elisa con manto, don Juan y Coral.

ELISA: Todo esto pueden sospechas si bien hallándoos aquí del alma las despedí.

JUAN: Como están ya satisfechas, aunque tormentas deshechas, fulmine en el mar de amar la Fortuna, que turbar mis esperanzas procura, Santelmo vuestra hermosura, no han de poderme anegar. Sentaos un rato. Tracemos ardides con que podamos vencer, aunque padezcamos, inclemencias que tememos.

ELISA: Don Juan, prevenir extremos de un padre todo violencia, a costa de la paciencia, es forzoso. Yo me voy.

JUAN: Mirad que en la gloria estoy estando en vuestra presencia. A estas horas, ¿qué teméis?

ELISA: Temo, don Juan, el cuidado de un padre que desvelado Argos en mi ofensa veis.

JUAN: ¿Por el balcón os iréis?

CORAL: Yo le voy a prevenir entretanto; que el safir del cielo llama a la aurora.

Vase.

JUAN: Merezca quien os adora solo este rato vivir.

Siéntanse los dos

ELISA: Es la Fortuna inhumana de mi paz tan enemiga que cuanto más nos persiga se ha de juzgar más ufana. Mi padre, el Conde, doña Ana, don Pedro, todo el poder de los hados, ¿qué han de hacer en tantos riesgos mis llantos si perseguido de tantos, os dejáis, don Juan, vencer?

JUAN: Yo vi en el mar descubierta una roca perseguida de un piélagos, que homicida cerró al socorro la puerta; cuantas más olas despierta, menos logra su furor porque sobre ella mi amor cantaba por divertirme, a más combates más firme, a más riesgos más valor. Yo vi que un cierzo quería apagar una centella porque sobre un roble estrella de los vientos se reía; cuanto más la perseguía aumentaba más su llama porque emprendida en la rama vino a abrasar todo el roble; que en los peligros el noble teme menos y más ama. Roca soy, Elisa hermosa, persiga, asalte, combata el mar que anegarme trata. Saldrá mi fe más airosa. Centella soy animosa, no hay tempestad que me espante, que Amor, atrevido infante de la quietud incapaz, sin riesgos, siempre es rapaz pero con ellos gigante.

Sale don Alonso.

ALONSO: ¡Con luz y abierta la sala! Madrugado ha mi sobrina.

ELISA: Este es mi padre. ¿Si en casa me echó menos? ¡Qué desdicha!

Echase el manto y levántase don Juan.

JUAN: Cubre la cara y no temas.

ALONSO: ¡Don Juan!

JUAN: Mandáis en qué os sirva.

ALONSO: ¿Qué hacéis vos en esta casa?

JUAN: Experiencias de quien digna es de alabanza su dueño, pues noble a su amor me obliga.

ALONSO: ¿No os íbades a Valencia?

JUAN: Es poca causa una herida de mi agravio ocasionada para ausencia tan prolija.

- ALONSO: ¿Qué es de doña Ana?
- JUAN: Llévala la enfermedad de su tía para que como heredera a su testamento asista.
- ALONSO: ¿Qué veo? ¡Válgame Dios!
- JUAN: ¿Qué os ha dado?
- ALONSO: ¡Pues, Elisa! ¿Tú a tal hora y en tal parte? ¿Así mi honor precipitas? ¿Así tu fama atropellas? ¿Así mi sangre lastimas?
- JUAN: ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?
- ALONSO: ¿Cómo? ¿Qué queréis que diga? ¿Quién estar en sí pudiera? ¡En vuestra sangre, en su vida, satisfacer mis deshonras! ¿Así tu opinión estimas? ¿Así tu recato infamas? Con alguna llave hechiza falseaste mis cuidados, franqueaste tus malicias.
- JUAN: Volved, señor don Alonso, en vos. Que es grande desdicha que vejez tan venerable de su prudencia desdiga. Si sacasteis de esta corte dos noches ha, a vuestra hija, si os ofendió nuestro amor, si agora a Lerma camina, ¿quién vuestros discursos ciega? ¿Quién os altera la vista? ¿Quién quimeras os retrata? ¿Quién apariencias os pinta? Advertid que esta señora como a preso me visita, como a sólo me acompaña, como a su amante me estima. Quiéreme bien tiemposha, y aunque mal correspondida se lastimaba de ver que entre hipócritas caricias el abril se malograra de mi juventud cautiva en el Argel lisonjero de quien cuando engaña hechiza. Supo anoche que experiencias, cuanto costosas propicias en brazos del escarmiento, del golfo al puerto me libra. Visitó agora a doña Ana. Refirióla cuán precisas obligaciones me empeñan. Conjuróla como amiga que a su amor me redujese si ya según la decían no intendaba competencias que ocasionase su envidia. Halló en ella protectora recibiendo benigna, alentándola discreta hablándola compasiva. Entraron juntas a verme, intimáronme las dichas que con mi cuerda mudanza se me siguen de servirla. Fue a ver doña Ana a su enferma, y mi fe reconocida a un amor tan generoso, como hallo en su hermosa vista contrahierba a mis desvelos que se quede la suplica conmigo un rato, fiadora de su honor mi cortesía. A este tiempo entrasteis vos, y del modo con que mira por cristales de colores juzga de la especie misma todas las cosas que advierte, los cuidados que os lastiman os hacen creer que son cuantas damas veis Elisás. Doña Ana quiere a don Pedro, el conde los patrocina. Los dos tratan desposarse. Sus esperanzas estriban en vuestro consentimiento. Ausente está de esta villa vuestra ingrata sucesora, ¿qué ocasión, pues, os incita a desbaratar acciones de vos tan apetecidas?
- ALONSO: ¡Persuadidme que estoy loco para que mejor se finja vuestro engaño, que aunque viejo no está la sangre tan tibia en mis venas que no baste!
- JUAN: Sosegaos, señor.
- ALONSO: Malicias semejantes no merecen quietud si no se castigan. ¿A mí negarme evidencias? ¡Aquel manto, la basquiña, el talle, la misma voz que escuché cuando subía conozco!
- JUAN: ¿Qué extraño tema! ¿No habrá en Madrid quien se vista de la misma suerte que otras?
- ALONSO: Si puedo, con descubrirla convencer vuestros enredos, ¿qué aguardo?
- Quiere destaparla y detiéndole don Juan.
- JUAN: No se averiguan en desdoro de las damas recelos con demasías. Suspended cortés la mano o no os guardarán las mías la noble veneración a que las canas obligan.
- ALONSO: ¡Negadme el que vea su cara! ¡Que esos colores confirman los indicios de mi agravio.
- Alza los tapices y tienta las paredes.
- JUAN: ¿Esta pared no es vecina de mi casa? ¿Si han abierto puerta por ella osadías que se la den a mi ofensa?
- JUAN: Mirad que desautorizan vuestro seso esas acciones.
- ALONSO: ¡Ah, quién tuviera en la cinta el acero que los años para su agravio jubilan! Falseó el atrevimiento llaves que el vicio fabrica, pero mientras la experiencia certidumbres examina, quédalos, alevés; que yo volveré a casa, y si Elisa no está en ella, aunque con riesgo de su opinión ya perdida, lo que no pueden mis canas será fuerza que remita al sororro de los viejos dando cuenta a la justicia.

La llave que aquí olvidasteis, dejándoos presos, os quita de la mano la ocasión de que huyáis.

Quita la llave de la puerta y ciérralos por de fuera y vase.

ELISA: Coral, aprisa, que es la dilación dañosa.

Sale Coral.

CORAL: Nuestra puente levadiza te asegura. ¡Alto, a pasarla!

JUAN: Adiós dueño de mi vida, que yo velaré entretanto, Argos el alma en mi vista para socerrar desaires si en ellos mi amor pelagra.

Vanse y sale Leonor sola.

LEONOR: Picóse mi ama en el fuego. No tiene tanto temor como yo.

Sale Elisa quitándose el manto.

ELISA: ¡Leonor, Leonor! Quítame este manto luego y escóndele. ¡Acaba, pues!

LEONOR: ¿Viene señor?

ELISA: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Y te vio con don Juan?

ELISA: Sí. Referiréte después cosas que te den espanto. Descuidados nos cogió.

LEONOR: ¡Jesús! ¿Y te conoció?

ELISA: No y sí. Acaba, esconde el manto. Date prisa; que de hallarle me pierdo. Llévale.

LEONOR: ¿Dónde?

ELISA: En los colchones le esconde; pero no, que ha de buscarle. Echale por el balcón en la calle; mas verále mi padre que agora sale de esotra casa.

LEONOR: ¡Disón, que habemos de hacer!

ELISA: Espera, bájale a nuestro aposento.

LEONOR: Peor, que a tu padre sienta subir ya por la escalera.

ELISA: En la manga.

LEONOR: Mal consejo, que en una comedia vi que le escondieron así, y todas las oye el viejo.

ELISA: Mira, pues, que sube.

LEONOR: Aguarda, verás un ardid bisoño. Metámosle en este moño.

Destócase y quítase una jaulilla. El manto ha de ser de los que lleman de humo. Métenle doblado en la jaulilla y vuélvase Leonor a ponerla. Dentro den Alonso.

ELISA: ¡Sutil industria!

LEONOR: ¡Gallarda! Alíñame esos cabellos.

ELISA: ¡Qué mal se reirá quien llora!

LEONOR: Barzagas que le halle agora. Acaba de componerlos.

ALONSO: Leonor, esa aldaba quita.

ELISA: Señor, pues, ¿aquí otra vez?

Sale don Alonso.

ALONSO: ¡Jesús, Jesús, mi vejez el seso me precipita! ¿Por dónde pudiste entrar en esta pieza?

Mira y tienta las paredes y la alcoba.

ELISA: ¿Qué dices? ¿Qué buscas por los tapices? ¿Qué por la cama?

ALONSO: Engañar mis advertencias pensabas? ¿Que es del manto que traías?

ELISA: ¿Manto? ¿Cuándo? ¡Desvarías!

ALONSO: Cuando con don Juan estabas.

LEONOR: ¡Ay desdichada de mí! Señor ha perdido el seso.

ELISA: ¿Yo con don Juan?

ALONSO: De tu exceso, liviana, evidencias vi. Despejad las dos las mangas Manifestad faltriqueras.

Míralas.

- LEONOR: (O está sin seso de veras, o viene a caza de gangas.)
- ELISA: Padre y señor, ¿qué te han dado? ¡Ay, cielos, que me le han muerto!
- LEONOR: O caduca, o ten por cierto que el Conde nos le ha hechizado.
- ELISA: Padre mío de mis ojos, ¿qué tienes?
Hace que llora.
- ALONSO: Lloro y derrama embustes. ¿Si está en la cama?
Vuelve a mirar en la alcoba.
- ELISA: ¡Nunca yo te diera enojos! ¡Que he de pagar tan aprisa, Fortuna, tantos rigores!
- ALONSO: Ya yo he vuelto en mí. No llores. Sosiega el pesar, Elisa. Entré a buscar a tu prima. Hallé a don Juan, y a su lado a una dama que aunque echado el manto, juzgué de estima. Engañóme su vestido, su talle y disposición; pues dando fe a mi ilusión, descortés los he ofendido. Cerrados, hija, los deajo y es fuerza el volver a abrirles. Templarélos con pedirles perdón. ¿Qué quieres? Soy viejo. Donde hay canas, hay malicias.
- ELISA: ¿Qué dices?
- LEONOR: ¡Donoso paso!
- ALONSO: Si con el Conde te caso, yo te permito, en albricias del gusto que he de tener, que os burléis las dos de mí. Reposo, no estéis así, que quiere ya amancer. Razón será que repares enfados de mis extremos, casarás y trocaremos en regocijos pesares. ¿No quieres al conde mucho?
- ELISA: Mucho no, pero querréle poco a poco.
- LEONOR: Amor no suele entrar de golpe.
- ALONSO: Ya escucho que le dices mil ternezas. Advierte que ha de venir conmigo a las (diez). A abrir voy a don Juan. Mis simplezas perdona y acuéstate.
Vase y ciérralas.
- ELISA: Leonor, vuelve a darme el manto y di a Coral entre tanto que eche el puehte.
Destócase y sácase el manto y cúbrese Elisa.
- LEONOR: ¿Para qué?
- ELISA: El para qué es de provecho. No hallándome con don Juan, dime, ¿de qué servirán los embustes que hemos hecho?
- LEONOR: No estaba en el caso, toma. Llamo al patrón de la nao.
Hacia el vestuario.
Echa acá la barca, ¡aho! Ya el alba el copete asoma. Mientras el manto te pones, aprovéchete este ardid porque celebre Madrid mi jaulilla y sus blacones.
- JUAN: Niño dios, no te va menos que la honra si no sales airoso del laberinto donde ciego te enredaste. Llamas traes. Serena alegre las confusas tempestades de tanto amoroso golfo porque en tu trono idolatre.
Salen Elisa con manto y Coral.
- CORAL: Entra e iré a alzar la puente. Serás Leanduo en el aire, pues nadas olas de vientos como el otro nadó sales.
Vase.
- JUAN: Pues, mi bien, ¿qué ha sucedido?
- ELISA: No hay tiempo para contarte prodigios. Sentémonos.
Siéntanse.
de la misma forma que antes; que vuelve mi padre a abrirnos. Sabrás cosas que te espantes.
Salen don Alonso y don Alvaro a la puerta del vestuario y vuélvense a entrar, y échase Elisa el manto quedándose asentada y levántase don Juan.
- ALONSO: Don Alvaro, de este modo averiguaré verdades. Id agora a ver si Elisa está en su cuarto. La llave es ésta, abrid con sosiego, que como yo aquí dentro halle la encubierta, y vos a mi hija, creeré que pude engañarme.

- JUAN: ¿Ya volveréis satisfecho?
- ALONSO: Y corrido. Perdonadme señora, si malicioso di crédito a vuestro traje; y vos, don Juan, admitid satisfacciones bastantes de un recelo que aparente no es mucho me deslumbrase. (¡Vive Dios, que es imposible no ser ésta Elisa!)
- JUAN: Paren en amistad sentimientos, señor, don Alonso, y basten vuestras mismas experiencias a reduciros afable, que estimo yo el ser muy vuestro.
- ALONSO: En prueba de nuestras paces con el parabién os doy los brazos como se case con vos aquesa señora, y aumantéis felicidades de Elisa, esposa de Carlos, y de don Pedro, su amante doña Ana, huésped vuestra.
- JUAN: Es deidad Amor y sabe, manifestando su imperio, hacer lo difícil fácil. Siglos dichosos se gocen.
- ALONSO:E Mil, don Juan, el cielo os guarde en vida de vuestro empleo. Adiós, tomad vuestra llave.
- Dásela y vase
- ELISA: Quédese este manto aquí;
- Quítasele.
- que si vuelve a registrarme mi wiejo allá, es peligroso porque no hay donde ocultarle. Don Juan, a las diez espero, más para desesperarme que para vivir, al Conde. Mientras los conciertos se hacen, disponed de mí y de vos.
- Sale Coral
- Vamos Coral.
- CORAL: Buen viaje.
- Vanse Elisa y Coral
- JUAN: Ya el alba borda el oriente de aljófares y corales. ¡Ay, si le diesen mis dichas el parabién con las aves! Parece que siento voces en el balcón. ¡Si su padre a mi Elisa ha echado menos! Libraréla aunque me maten.
- Vase y salen a un balcón Leonor y don Alonso y ha de haber dos balcones cubiertos y de uno a otro un pasadizo capaz de que en él quepan ocho personas y se puedan sacar las espadas, y están en el balcón el Conde y don Alvaro.
- LEONOR: Si ella está por don Juan loca, si él hace extremos de amante, si entró esta noche por ella, si logró el amor alardes de lo que su ingenio puede habiendo comunicables por el viento los balcones, ¿Cómo pude yo estorbarle, sola y mujer, sus ardidés?
- ALONSO: Tú, enredadera, trazaste estos embustes y hechizos para que agora los pagues. Acertaron mis sospechas, don Alvaro, pues no hallasteis aquí a Elisa. ¡Murió mi honra!
- CONDE: Para vengarla no es tarde.
- ALVARO: ¡Asomaos a este balcón! ¡Veréis por él pasaje que los embustes fabrican!
- Salen los dos al pasadizo y por la otra parte salen del otro balcón Elisa en cuerpo y Coral y detiéndense en medio.
- ALONSO: Conde, a vos os toca el darme satisfacción de esta injuria. Allí está don Juan. ¡Vengadme!
- ELISA: ¡Ay, Coral! ¡En mi balcón están el Conde y mi padre! ¡Volvámonos!
- CORAL: ¡Pechelingües! ¡Otra, quí volta! En la calle me holgara yo estar agora.
- De este mismo balcón sale don Juan y se llega a Elisa.
- JUAN: Prenda mía, en este trance retirarnos es prudencia. Seguidme y no os acorbadde el Conde ni cuantos vienen a ofendernos de su parte.
- Quieren volverse y detiéndelos doña Ana y don Pedro que salen al otro balcón.
- ANA: ¿Dama en mi casa y oculta? Don Pedro, de agravios tales venganza os piden mis penas.
- PEDRO: Grande es mi amor si ellas grandes.
- ANA: ¿Así se premian socorros, don Juan? ¿Así es bien se paguen favores de vuestros riesgos?

- PEDRO: ¡Por ingrato y por mudable moriréis como Perilo en la invención que trazasteis! ¡Sólo hay paso por aquí!
- CONDE: Pues, por aquí sólo se abre salida a un alma rebelde franqueándola su sangre.
- Saquen todos cuatro las espadas, a una parte el Conde y don Alvaro y a otra don Pedro y en medio don Juan y Coral.
- CORAL: Pasadizo ratonera es el nuestro. No se llame sino puente de Mantible pues que la guardan gigantes.
- ELISA: Conde ilustre, y Carlos noble, si las estrellas constantes en su influjos me inclinan a que dueño a don Juan llame, si ha dos años que le quiero, si es justo que os desengañe en alma tan desconformes la aversión de voluntades; no apetezcáis compañía que se ha de dar muerte antes que otro que don Juan se atreva a que amor mi cuello enlace. Triunfad de vos mismo, Conde. Sed cortés, pues sois amante. Obligadme generoso si os recele interesable. Ilustre favor os pido. Mi amor os invoca afable. O libradme caballero, o si no lo sois, matadme.
- CONDE: Lágrimas tan elocuentes dignas son de venerarse. Tutela de vuestro amor seré desde aquí adelante como de don Juan amigo; y si estima vuestro padre serlo mío, como espero, logrará felicidades que tal yerno le prometen; porque yo, si hasta aquí fácil en no reprimir pasiones, seré enemigo constante de quien a don Juan ofenda.
- ALONSO: Vos lo mandáis. Dios lo hace. Trázalo Amor. ¡Contra todos un viejo y sólo! ¿Qué vale?
- JUAN: Dejad que os bese los pies.
- CONDE: Añudemos voluntades que rompieron competencias y eternizaremos paces si doña Ana da a don Pedro la mano.
- ANA: Sabré estimarle por feriármele la vuestra.
- CORAL: Pues que se queda incasable, señor, Vuestra Señoría, créame y métase fraile.
- CONDE: Fenecieron con la noche confusiones y pesares, y con el sol amanece la paz que a alegrarnos sale.
- JUAN: Estos los ardides son con que Amor prodigios hace.
- CORAL: Y ésta la primer comedia que tiene fin en el aire.

FIN

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

Departamento de Drama
 Universidad de Puerto Rico

13 de febrero de 1987

brr